

La investigación ecológica de las comunidades locales

Ecological research of local communities

EMILIO MARTÍNEZ GUTIÉRREZ

Universidad Complutense de Madrid
emilio.martine@pdi.ucm.es (ESPAÑA)
<http://www.ucm.es/info/socvi/Emilio/index.html>

RESUMEN

Los trabajos científicos e institucionales de Robert Park marcan uno de los períodos más sugerentes de la investigación sociológica. Park completa el giro empírico iniciado por la primera generación del departamento de sociología de la Universidad de Chicago, sobre todo con William Thomas, contribuyendo notablemente al reconocimiento del estatuto científico de la sociología. Con el desarrollo de la ecología urbana propone un marco global, teórico-metodológico, de interpretación y análisis de los procesos sociales y territoriales de las comunidades locales que desemboca en procedimientos técnicos particulares, de amplia difusión en la actualidad, desde la cartografía ecológica —en el plano morfológico— a las técnicas cualitativas de estudio de las interacciones sociales —en el plano cultural.

PALABRAS CLAVE

Ecología urbana, cartografía social, técnicas cualitativas.

ABSTRACT

Robert Park's institutional and scientific works are part of the most suggestive periods of sociological research. He completed the empirical turn that the department of Sociology at University of Chicago started, especially in William Thomas' perspective, and this contribution improved the scientific statute of sociology. His development of human (and urban) ecology proposes new theoretical and methodological frameworks of analysing social and territorial processes

in local communities. Moreover, his approach has improved different particular techniques and procedures (widespread at present) as, for instance, ecological cartography (morphological level) and qualitative techniques that study social interactions (cultural or moral level).

KEY WORDS

Urban ecology, social cartography, qualitative methodology.

1. INTRODUCCIÓN

Pronto se cumplirán cien años de la incorporación de Robert Ezra Park (1864-1944) al departamento de sociología de la Universidad de Chicago a instancias de William I. Thomas, entonces la figura más sobresaliente de un centro que daría durante décadas el tono general y una identidad precisa a la sociología en los EE.UU. Tras una vida dedicada al periodismo y al estudio, que le llevó por muchos estados y universidades de Europa y Norteamérica, en 1913 Park se integró parcialmente al departamento, cuando contaba ya casi 50 años. Una segunda opción para Albion W. Small, entonces director del departamento, que hubiera preferido a Jane Adams, la célebre reformista social, figura emblemática del feminismo, que declinó el ofrecimiento para seguir al frente de la Hull House. En ese momento pocos habrían aventurado que el trabajo de un desconocido, Park, vendría a marcar uno de los períodos más estimulantes de la investigación sociológica ni que él pasaría a ser referencia intelectual del departamento y de la investigación empírica, y a presidir la Asociación Americana de Sociología.

Aun cuando sus trabajos versaron fundamentalmente sobre la cuestión racial, la prensa y la opinión pública, el nombre de Park se asocia legítimamente al análisis de los procesos sociales y territoriales articulados por y en torno al crecimiento metropolitano. Nunca enseñó sociología urbana (que en Chicago monopolizaba Scott Bradford hasta que en 1925 le sustituyó Ernst Burgess) pero su célebre artículo *The City* (con una primera versión en 1915 y una segunda modificada en 1925, incluida en el libro colectivo del mismo nombre) es considerado un referente disciplinar, otorgándole un valor inaugural para la institucionalización de la sociología de la ciudad. Ese texto proponía a grandes rasgos un programa de investigación sobre la ciudad donde se sugería un haz de posibles líneas de exploración e interpretación, plan que se iría desgranando después en diferentes estudios propios o de su equipo. Al escrito le seguirían más tarde otros en forma de artículos, notas de investigación y prefacios a monografías que irían conformando esa tradición analítica conocida como ecología urbana.

El mismo año que deja Chicago para jubilarse, Park publica «Sociología, comunidad y sociedad» en *La investigación en las ciencias sociales* (Wilson Gee, 1929), un texto que bien podría encuadrarse en la categoría de los escritos de *balance*. El escrito ilustra pausadamente el recorrido efectuado en el ámbito de las investigaciones sobre las comunidades locales. Al hilo de una reflexión sobre las nociones de comunidad y sociedad, Park instruye una inspección de las fuentes y métodos de las pesquisas realizadas hasta la fecha, mostrando los hallazgos particulares de las investigaciones practicadas así como los presupuestos teóricos e instrumentos analíticos empleados; también se exponen los planteamientos metodológicos y las técnicas de investigación convenientes para captar la tornadiza realidad urbana desde una perspectiva que se pretendía siempre rigurosamente científica. Por ende, el texto deja entrever en el plano epistemológico y metodológico la combinación del pragmatismo norteamericano —del que es parcialmente deudor— junto con desarrollos teóricos novedosos (el modelo ecológico) y lo que fue el avance práctico de un cauce metodológico plural, en efluencia permanente. Podría añadirse en un segundo plano, el de la producción científica, la reafirmación de la empresa colectiva de investigación y divulgación organizada por la que destacó Chicago, bajo el liderazgo de Park en especial, cuya contribución a la dirección adoptada por la sociología empírica en los Estados Unidos es ampliamente reconocida. Una dirección lo suficientemente articulada como para concederle una entidad reconocible —obviando aquí la querrela, más amplia y algo afectada, sobre la existencia o no de una escuela o una tradición de Chicago.

2. LA ORIENTACIÓN EMPIRISTA EN LA SOCIOLOGÍA DE CHICAGO

Como unidad independiente, el departamento de sociología de la Universidad de Chicago fue el primero de toda la universidad americana (1892). Con Small, Henderson y W. I. Thomas al frente, el departamento supo reorientar muy pronto su esquema de trabajo desde un modelo inicialmente inspirado en los seminarios de la universidad alemana —en la que muchos de sus miembros se habían formado— hacia una concepción más dinámica del conocimiento sociológico: la documentación, la observación directa y la investigación aplicada. Naturalmente en esa fase de formación de la sociología americana no se aspiraba a renunciar a una fundamentación teórica, pero en lo posible sería sorteando la querencia especulativa, lindante con la filosofía social, y la perspectiva histórica asociadas con la sociología europea.

Un conjunto de factores de distinta índole permiten intuir las razones de dicha opción experimental. Uno de ellos, la compleja realidad de la *ciudad* de Chicago, arquetipo del espectacular y vertiginoso crecimiento metropolitano capitalista. Otro es la centralidad que asume en ese tiempo la *cuestión social* (el conflicto y las desigualdades sociales inherentes al capitalismo) como ob-

jetivo prioritario de estudio e intervención, articulado en el extendido *espíritu de reforma*, al que no es ajeno el periodismo. Ha de destacarse asimismo la particular disposición de los fondos privados en EE.UU. a participar en el sostenimiento financiero de las universidades y asociaciones cívicas, mediante recursos y fundaciones promotoras de la investigación aplicada sobre las *patologías sociales*. Y naturalmente, aunque todo lo anterior está reciamente trabado entre sí, hay que atender a las opciones y tradiciones intelectuales que habilitan la senda de la ciencia inductiva frente al proceder de la sociología de gabinete. Aquí, la influencia del pragmatismo resulta ineludible para comprender la particular orientación chicaguense.

La realidad social de Chicago irrumpió, en efecto, en la disposición empírica de la sociología americana como un mundo en pequeño e inmediato: ante ellos un foco de fenómenos, un escenario de tipos y relaciones sociales extraordinariamente variado y problemático. Su expansión territorial y demográfica fue insólita: en apenas 70 años pasó de 4470 habitantes a 3,4 millones de habitantes, anexionando cada año territorios adyacentes. La afluencia de olas continuas de migraciones procedentes de todos los rincones del mundo terminó configurando «una delirante mezcla de pueblos», como decía Max Weber (1904); o lo que Maurice Halbwachs (1932) calificó como una «experiencia étnica», tan estimulante como equívoca.

«La existencia en la Universidad de Chicago de una original escuela de sociología no deja de guardar relación con el hecho de que esos observadores no tienen que buscar muy lejos un objeto de estudio. Ante sus ojos se despliegan [...] nuevas fases de una evolución urbana sin parangón. Ya sea en un barrio [...] ya sea abrazando toda la extensión de esta gran ciudad, los problemas se multiplican [...] Todo ello en una aglomeración enorme, con múltiples diferenciaciones según raza, nacionalidad, profesión y nivel social, también según los estilos de vida y las características morales, de tal modo que los medios sociales más diversos se yuxtaponen y se enfrentan a veces sin transición. [...] Grupos desintegrados, grupos en formación, vida colectiva dispersada, concentrada, suspendida y ralentizada, agitada y discordante, de tal modo que las características más anormales aparecen ahí con toda claridad [...] o bajo formas que no es posible encontrar en ninguna otra parte.» (Halbwachs: 2008: 207-208)

Esa efervescencia social no mitigaba el eco de los problemas incluidos en la *cuestión social*; al contrario, extendía su alcance y suscitaba nuevas tensiones. Las desigualdades extremas, el caos, la pobreza, la desesperación, el crimen, la marginación, la individualización creciente, la desorganización social, los disturbios étnicos, la exclusión y formación de guetos, las luchas sindicales, las huelgas... Tal como sugirió Small en 1896 el febril Chicago se antojaba un *laboratorio* privilegiado para el análisis sociológico, conformando estos *problemas sociales* el núcleo inicial de su temática, y delimitando así su objeto de estudio.

La primera generación de los sociólogos chicaguenses, que participa del *espíritu de reforma* de su tiempo, consideraba que la sociología debía procurar ser también una herramienta auxiliar de intervención sobre los problemas sociales. Esta vocación enlazaba con los orígenes religiosos de muchos de sus miembros; a su vez se inscribía en el ánimo misionero de una lectura sociológica que, desde un interpretación moderada del darwinismo, pretendía acelerar la evolución social mediante el descubrimiento de las leyes del cambio social, actuando en perspectiva humanitaria (*génesis natural, télesis social*); por último, resultaba consustancial a un planteamiento que buscaba en el conocimiento su utilidad práctica y no fundamentalmente sus desarrollos especulativos. Esta disposición encontraba un aliado incondicional en las numerosas asociaciones cívicas y caritativas que, como la *Hull House*, *The Working People's Social Science Club* y otras más instruían «encuestas sociales» en la órbita de la sociología aplicada y el trabajo social, actuando en los *social settlements* de inmigrantes y desfavorecidos de la metrópoli. Se iba definiendo no sólo un objeto específico de estudio (los problemas sociales) sino un procedimiento de examinarlos (*social surveys*) y un propósito manifiestamente intervencionista.

La crudeza del contexto social propició paralelamente la acción fiscalizadora de un órgano que en adelante vendría a asumir una doble función, de exposición y de denuncia social: la prensa. La figura del *muckraker*, censor moral, compone de un modo algo exagerado tales designios: periodismo de investigación, comprometido, que condena la corrupción política y moral, y advierte de las terribles condiciones de vida de los más humildes de entre la población. Destacaron por su difusión e impacto —también en Park— *The Shame of our Cities* (Lincoln Steffens, 1904); *Tramping with tramps, Studies and Sketches of Vagabond Life* (Josiah Flynt, 1901); *My Mamie Rose* (O. Kildare, 1903), *The Jungle* (Upton Sinclair, 1905), los trabajos y fotografías de Jacob Riis y otros muchos autores cuyos relatos, bajo distintos formatos, bien documentados, muchas veces vividos en primera persona, operaban en dos frentes: promover la reforma social y, no intencionalmente, fomentar el modelo de estudio de caso.

Por último, la orientación empirista se vería beneficiada por la contribución de fondos privados (grandes compañías) y públicos (instituciones estatales y federales) al desarrollo de centros de estudios sociales y el mecenazgo universitario, financiando algunas investigaciones significativas sobre los *problemas sociales*. La universidad de Chicago era en parte fruto de la «filantropía» de la *Standard Oil Company*, el imperio Rockefeller y patrocinó buena parte de las encuestas y monografías del Departamento de Chicago. Con Park, las encuestas de fundaciones privadas (*Rusell Sage Foundation* y *Carnegie Foundation*,) las investigaciones de agencias públicas y comisiones federales (por el incremento de las tareas administrativas y de gestión) y los estudios emprendidos por empresas privadas para sus intereses comerciales serían empleadas como: (a) *documentación base* —que permitía después a sus investigadores elaborar distintas lecturas de los datos obtenidos y de los sucesos estudiados (por ejemplo, las encuestas clásicas de Pittsburgh, Springfield o Cleveland); (b) *materia*

de estudio; y (c) campo de formación y despliegue técnico propios en la investigación social.

Todos los factores anteriores precipitan la alineación de la sociología chicaguense en la obediencia empirista. Una posición que además ganaría en visibilidad y centralidad gracias a los medios de difusión que había sabido procurarse muy pronto: *American Journal of Sociology*, 1895; *Chicago Sociological Series*; *Series in Urban Sociology* (dirigida por Park); *American Sociological Society* (ASS) y *Society for Social Research*.

3. LA APORTACIÓN PARKIANA A LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

A partir de 1920 se inicia un periodo en que la actividad del departamento adquiere bajo el liderazgo de Park el trazo inconfundible de una operación colectiva de producción de conocimiento. Park capta y sabe encauzar la atmósfera intelectual existente en una dirección activa. Gradualmente irá tejiendo en torno suyo un sólido equipo de investigadores y docentes (Burgess, Bogardus, Wirth, McKenzie, Anderson, etc.) que habilita la transición decisiva en Chicago hacia una sociología científica, hecho éste que debe interpretarse necesariamente a la luz de las modificaciones acaecidas en un contexto intelectual y social más amplio.

La contribución parkiana discurre por varios frentes de los cuales el institucional es eventualmente el menos llamativo. Ciertamente alcanzar la presidencia de la AAS en 1925 podría colmar las expectativas de quien a menudo confesó su inseguridad personal; que ser responsable del celeberrimo *Introduction to the Science of Sociology* (1921) —más conocido como el *Park & Burgess* o simplemente *la biblia verde*—, el principal manual de los estudiantes de sociología por entonces en el país, le garantizó un ascendente público durante años. Todo ello afianzó sin duda su prestigio. Pero a un espíritu inquieto como el suyo la proyección más grata provendría de su aporte al siempre precario conocimiento de lo social, y de forma más precisa, de su capacidad para engranar teoría e investigación experimental a partir de unas propuestas teórico-metodológicas que destacan por su relativa eficacia y recorrido, más que por su consistencia o claridad conceptual.

Del periodismo de investigación a la investigación sociológica

Para una apreciación firme de lo anterior conviene retener su trayectoria como reportero, oficio que ejerce tras graduarse en Filosofía en Michigan bajo la tutela de John Dewey. De éste asume la importancia otorgada a la comunicación y, por extensión, al mundo de la prensa, que se revela como un dispositivo de control social en la sociedad moderna y un elemento de integración y preser-

vacación cultural¹. Park presume que en su ejercicio activo reside la oportunidad de un conocimiento directo de la realidad social (el *valor de la experiencia* que apuntaba Dewey). Entre 1887 y 1898 trabajará como periodista de investigación en diarios de Detroit, Minneapolis, Denver, Nueva York y Chicago, actividad que vive bajo un hálito fáustico: el apetito de saber, la exigencia de confinar el universo de la especulación pura y descender al mundo real, sensible e inmediato. En esa ocupación comenzó a sumergirse en el conocimiento y registro puntual de los problemas sociales de la ciudad (la pobreza urbana, el vicio, los disturbios raciales, las casas de juego, las epidemias, los inmigrantes...) obteniendo «una visión de la ciudad, de la comunidad y de la región que iba más allá del simple fenómeno meramente geográfico. Las veía como una clase de organismo social» (Park 1950: viii). La ciudad se perfilaba como un microcosmos donde indagar en los problemas de desorganización social manifestados en su violento crecimiento. Muchas de sus posteriores observaciones sobre el comportamiento colectivo, la estructura de la ciudad así como su interés por la observación directa, el trabajo de campo, la cartografía, el uso de entrevistas, estudios de casos y biografías como técnicas de indagación corresponden parcialmente a esta práctica como periodista de investigación. Grafmeyer & Joseph (1984: 7) sostienen al respecto que no hay una ruptura epistemológica tajante entre la actividad periodística y la actividad académica de Park, sino todo lo más una diferencia de grado: el sociólogo imaginado por Park se antoja un superreportero, siendo la ciencia más objetiva, imparcial, formal, persistente y exacta. Ahora bien, una diferencia de grado donde prospera la típica ambivalencia parkiana que consiente interpretaciones distintas: periodismo y sociología como ámbitos complementarios pero bien precisos.

Su preferencia por el conocimiento directo y la sujeción *científica* remite asimismo a la influencia ejercida por William James cuando, renunciando al periodismo activo, Park regresa en 1898 a la universidad para formarse en Harvard con James, Royce y Münsterberg. Park alude a la conmoción que le provocó la conferencia de James «*On a Certain Blindness in Human Beings*», centrada en la relativa opacidad y diversidad de la vida social, difícilmente aprehensible en el estricto marco de las categorías positivistas. Era preciso mostrar tolerancia para formas de existencia incomprendidas, cuyos planos y matices permanecían velados a la mirada del observador externo. Bajo su influjo, Park reconsideró su trayectoria, decantándose por la sociología y estimando que «lo que los sociólogos más necesitan saber es lo que ocurre detrás de los rostros de los hombres, qué es lo que hace que la vida nos resulte mortecina o fascinante» (M. & L. White 1967: 155). Se trataba, pues, de comprender al otro, de empatizar con él, al punto de vista del actor, pues la mera observación (externa) sólo procuraba un juicio parcial de las cosas.

¹ Esta preocupación es constante. Su conocimiento sobre la materia queda reflejado en numerosos escritos: su tesis doctoral *Masse und Publikum* (1904) y, por citar otros, «The Inmigrant Press and its Control», 1922; «The Natural History of the Newspaper», 1923; «News as a Form of Knowledge», 1940).

La preocupación por apoyar la explicación de los fenómenos sociales en la experiencia directa le lleva a insistir reiteradamente en la realización del trabajo de campo. H. Becker anota los requerimientos parkianos al respecto: «Se os ha dicho que hojeéis en las bibliotecas y acumuléis notas y una gruesa capa de polvo. Se os ha aconsejado que elijáis los problemas de estudio que cuenten con amplia y enmohecida documentación, que repose en formularios preparados por burócratas hastiados y cumplimentados a regañadientes por aspirantes a una ayuda, por almas caritativas o empleados indiferentes. Es lo que se llama “mancharse las manos con la auténtica investigación” (...). Pero es necesario algo suplementario: la observación de primera mano. Id a los salones de los hoteles de lujo, penetrad en los asilos nocturnos, sentaos en los canapés de la Gold Coast o en los jergones de los bajos fondos (...) En suma, ensuciaos los bajos de los pantalones en la verdadera investigación» (Chapoulie 2001: 118). No se trataba únicamente de un requisito formal de las monografías chicagüenses, sino una exigencia incluida en la formación sociológica de los estudiantes de Chicago, a los que no era anormal verlos en diferentes áreas de la ciudad para observar, anotar y describir cuanto allí sucedía, muchas veces acompañados por docentes como Park.

Reforma social, *social survey movement* e investigación científica: del rigor en la ciencia

Otro aspecto a considerar para estimar la contribución de Park al progreso de la sociología empírica reside en su desaprobación de los planteamientos reformistas que impregnaban los estudios sociales en EE.UU. No es que se mostrara poco persuadido de las virtudes del reformismo para con el objeto de su movilización: él mismo había participado activamente durante algunos años del espíritu de los tiempos². Pero era receloso de que su despliegue, definición del objeto de estudio y de los métodos de análisis contaminaran eventualmente la naturaleza y el ejercicio de la sociología como ciencia. En su academicismo aspiraba a desmarcar la sociología del ánimo intervencionista, de la aplicación de programas de acción política, del trabajo social. En ocasiones la ironía con que se refiere a los *do-gooders* roza el desprecio: «El mayor mal causado a la ciudad de Chicago —dice Park— no proviene de los políticos corruptos o de los criminales, sino de las damas reformadoras» (Chapoulie 2001: 119).

² Su actividad periodística transitó a veces en esa línea y confiesa haberse convertido en un «reformista». Aunque ideológicamente conservador, Park militó firmemente en la causa de la igualdad racial. Se integró como agente de prensa en la *Congo Reform Association*, para denunciar los abusos y la brutalidad del dominio belga en su colonia africana. En el *Everybody's Magazine* publicó algunos artículos contra la política belga (como *muckracker*). Más tarde se incorporó al *Tuskegee Institut* del líder negro Booker T. Washington, de quien fue secretario, y desde el cual iniciaría una brillante carrera como estudioso de los problemas raciales.

El reformismo social había sido providencial en la apertura de centros de enseñanza e investigación superior que enfrentaran los enormes problemas sociales que la modernización dejaba a su paso; Chicago era un buen ejemplo de lo uno y de lo otro. Y fue ese esfuerzo el que alimentó el movimiento de la encuesta social (*social survey movement*) que inicialmente procuró una apreciación bastante pertinente del malestar social en las grandes ciudades. Park conocía bien los pormenorizados estudios de Charles Booth en *Life and Labour of the People of London*; y en Chicago contaba con la experiencia de los *Hull House Maps and Papers*, citados en el curso de sus exposiciones sobre la desorganización social en la ciudad. Lo mismo puede decirse del *Pittsburg Survey* de P. Kellog, durante un tiempo referencia de encuesta social. Apreciaba su interés y los datos que suministraban sobre las comunidades urbanas, pero les concedía un estatuto menor: fuentes de documentación, objeto de estudio incluso, pero nunca un ejemplar metodológico.

The City (1915) puede interpretarse como una ofensiva formal hacia los planteamientos del *social survey movement*, al que concede un estatuto precientífico. Como ha mostrado P. Lannoy (2004: 167-169), en el plano lexicológico, se observa que en su exposición prescinde siempre del término *survey*, que sólo emplea una vez y de forma deficiente, y lo sustituye por «investigación» (presente en el título). También emplea el término «urban» en vez de «city». A este desplazamiento pragmático sigue otro para redefinir la ontología de los fenómenos sociales urbanos estudiados por los reformistas: los problemas sociales no son nada *per se*, han de observarse como la expresión de una realidad fundamental, la de la naturaleza humana y su dimensión colectiva cuya esencia nomológica debe buscarse. Hay un cambio de enfoque y del objeto formal de estudio: el cambio social, la modernización, los procesos de diferenciación e individualización en el seno de sociedades complejas. La temática reformista de los problemas sociales era una etapa histórica superada. Park deseaba marcar un ámbito de jurisdicción propiamente científico que exigía otra definición del objeto y método sociológicos, donde poner a distancia todo lo que no fuera la neutralidad axiológica del investigador, los juicios de hecho frente a los juicios de valor (opiniones e ideología). Una cosa era la investigación social y otra la investigación sociológica, desinteresada (esto es, desapasionada) y objetiva. Así, comentando la fase en que entraba la sociología de su tiempo («*the period of investigation and research*») afirmaba:

«Una gran parte de la información se ha recolectado simplemente con el fin de determinar qué hacer en un caso determinado. Los hechos no se han seleccionado para contrastar teorías sociales. Los problemas sociales se han recogido en su mayoría para apoyar tal o cual doctrina, no para probarla. En muy pocos casos se han hecho investigaciones, desinteresadamente, para determinar la validez de una hipótesis.» (Park & Burgess, 1921: 44)

Su apelación a la ciudad como *laboratorio social* se aleja de los planteamientos algo candorosos de Small o de la Hull House: Park la esgrime en

símil clínico, procurando alcanzar en la misma maniobra los procedimientos de observación y la naturaleza de la sociología. Así, advierte que el análisis de la sociedad no podía ser científico y moral a la vez. A su juicio, frente a lo que pretendían los sociólogos de la generación anterior, ligados al reformismo, había que distinguir entre el discurso normativo y el descriptivo, y la analogía biologicista se prestaba a salvar la confusión: «Lo primero que tienen que aprender los estudiantes de sociología es a observar y a registrar sus observaciones (...) más que a formular opiniones. Los hechos más importantes de que tienen que ocuparse los sociólogos son opiniones (actitudes y sentimientos); pero en tanto que (...) no aprendan a tratar las opiniones como los biólogos tratan los organismos —es decir, diseccionándolas, reduciéndolas a sus elementos primarios, describiéndolas (...) no cabrá a obtener un progreso señalado de la ciencia sociológica» (Park, en Hughes 1974: 616).

En 1921, cuando se recomienda este proceder, el estatuto científico de la sociología está mucho más asentado, tanto en Europa como en los EE.UU. En ambos casos progresivamente alejada del trabajo social y tratando de desvincularse de posiciones político-ideológicas (más o menos latentes o implícitas). El propio contexto socioeconómico y político (la revolución soviética, la política de asimilación o americanización de los inmigrantes) esclarece la insistencia con que desde ciertos enfoques se reclama la neutralidad axiológica del analista; también explica cómo se abren paso los postulados ecológicos y la naturalización formal de los procesos socio-territoriales (transformando los sucesos en cosas). Asimismo, la profesionalización y especialización del conocimiento científico no hace sino avanzar junto con el perfeccionamiento de las técnicas de investigación, tanto en su vertiente cuantitativa como cualitativa. De hecho, el equipo de Chicago se ve reforzado con la incorporación de Burgess, Bogardus, Ogburn, etc. muy competentes en la metodología sociológica. Si ellos representan el rigor, la diligencia técnica, Park seguirá siendo la fuente de inspiración, destilando un sinfín de sugerencias, indicaciones y conjeturas en sus clases, conferencias, dirección de trabajos y artículos, enlazando sus observaciones en un marco teórico general.

El marco analítico de la ecología urbana

La analogía biologicista empleada por Park sobre la disposición del analista social respecto de sus objetos de estudio encuentra un anclaje teórico más preciso con la construcción de la perspectiva ecológica, sin duda su gran aportación en el campo de la teoría social y urbana. En 1921 Park y McKenzie introducen el término ecología en el estudio sociológico tomándolo de la obra de Ernst Haeckel (*Ökologie*)³ y cinco años más tarde Park dicta un curso específico

³ La referencia a Haeckel no deja de ser llamativa porque de ordinario se ha planteado la ecología en términos de un programa de explicación de lo social de índole típicamente darwinis-

sobre «Ecología humana». Se pretende explicar los procesos sociales y territoriales de constitución e interacción de las comunidades locales en los términos propios de la ecología vegetal y animal (competencia por recursos, relaciones simbióticas, etc.). El programa biologicista poseía ese atractivo que procura siempre el modelo de las ciencias naturales, su aparente distanciamiento respecto al objeto, su neutralidad axiológica. Para una sociología que anhelaba el estatuto de científicidad suponía la posibilidad de liberarla de las tentaciones metafísicas y morales, emparentarse con conceptos y procedimientos metodológicos rigurosos y verificables, no obstante la diferencia existente entre el mundo de lo social y el natural, el de los sucesos y las cosas, que en Park se manifiesta bajo una tensión constante.

El pensamiento parkiano se había caracterizado hasta entonces por cierta abstracción y complejidad. Con el programa ecológico, sin embargo, consigue aunar en un único marco explicativo —por lo demás bastante sobrio— lo que habían sido hasta entonces sus apreciaciones sociológicas, antropológicas e incluso aquellas otras basadas en el naturalismo de literatos como Zola. También amplificar y articular sus múltiples referencias intelectuales (Simmel, Durkheim, Spencer, Thomas), los conceptos, tópicos y problemáticas en que venía trabajando (la desorganización social, los problemas de comunicación e interacción sociales, el ajuste entre poblaciones y razas, etc.), y ahora, enfrentar el reto de explicar el comportamiento colectivo en el ámbito urbano y su propia configuración, a la vez social y natural en un marco teórico unificado.

Comunidad y sociedad, nociones centrales de la sociología —que Park retoma de la formulación de Spencer y Comte—, pasan a ser reacomodadas incorporando los fundamentos de la ecología. Curiosamente el eje viene dado por el concepto «darwinista» de lucha por la existencia (que en rigor procede de Malthus: *struggle for food and room*). La competencia constituye el principio activo para la regulación y ordenación de la vida en la naturaleza: ajusta la distribución y el número de los organismos vivos, preservando el equilibrio en todo hábitat. En este marco, una *comunidad* se caracterizaría por 1) la existencia de una población organizada territorialmente; 2) más o menos arraigada al suelo que ocupa; y 3) donde prevalecen las relaciones de mutua interdependencia simbiótica más que social. En virtud del mecanismo activo de la competencia la comunidad mantiene su «integridad e identidad como unidad individual» a lo largo de su ciclo vital, garantizando su equilibrio o recuperándolo tras alguna crisis ambiental. «Así, cada crisis inicia un periodo de rápido cambio durante el cual la competencia se intensifica, desembocando en un periodo de equilibrio más o menos estable y en una nueva división del trabajo. De esta forma la competencia crea una condición por la cual es sustituida por la cooperación. Puede decirse que cuando la competencia declina y en la medida en que lo hace, el

ta. La posee sin duda, aunque moderadamente. Pero la ecología resulta más bien una propuesta lamarckiana, la obediencia a la que respondía el propio Haeckel, donde la noción de «medio» o «entorno» resulta un analítico que permite eludir las tentaciones del determinismo biológico (la influencia del medio era una de las cuestiones que Park compartía con los reformistas sociales).

tipo de orden que llamamos sociedad existe.» (Park 1999: 132). El tránsito de la comunidad a la sociedad viene dado por la articulación de formas sublimadas y superiores de regulación del orden social, formas consensuales y compartidas: normas, valores, leyes, tradiciones y costumbres sociales, moderando las tensiones y organizando la existencia colectiva.

Es desde esa óptica naturalista como se interpretará la realidad urbana, su metabolismo y configuración en *áreas naturales* que conforman el mosaico característico de sectores diferenciados y típicos: barrios comerciales, residenciales de clase media, guetos étnicos, barrios bajos, zonas industriales, etc. Las áreas naturales, que surgen sin plan previo y poseen una historia natural «cada una con su función característica, proporcionan ciertos indicios sobre lo que el análisis de la ciudad desvela: [*que la ciudad*] no es sólo un artefacto sino en cierto sentido y hasta cierto punto, un organismo». (Park: 1999: 120). El concepto de área natural constituye uno de los instrumentos analíticos más útiles para la caracterización de las zonas urbanas. Pizzorno (1967: xvii-xviii) insinúa que el concepto debe entenderse dentro de la polémica naturalista: frente a los que sostienen la imposibilidad de una observación generalizable de lo social, la ecología les muestra su naturalidad (su coseidad), la viabilidad de una observación científica de la acción social (sedimentada); frente a los que observan la ciudad como un mero artefacto, la ecología les exhibe su naturaleza elemental. En este sentido también expresa una lectura crítica de la planificación territorial al contradecir el alcance y valor de los modelos tradicionales apriorísticos: las servidumbres de la dialéctica de las formas llevan a su alienación respecto de los procesos y tendencias típicas de la dinámica urbana.

Un aspecto no desdeñable de la conceptualización de las áreas naturales y de la segregación resultante es que evidencia la fuerte vinculación entre los marcos de interpretación ecológico y económico (en sus formulaciones neoclásicas). Ciertamente las primeras tentativas de formulación ecológica se plantearon en términos de «economía natural» o «economía biológica». Pero la conexión va más allá de la traslación nominal, pues los supuestos fundamentales y procesos considerados por los ecólogos urbanos poseen una lectura afín a los de la economía neoclásica por más que se exhorte su cariz biótico. Así se observa en el examen del crecimiento y conformación de la estructura urbana, en los mapas de valor del suelo y el análisis de las curvas de renta de los diferentes usos, gráficamente expresados en la teoría de los anillos concéntricos de Burgess (en línea con el análisis de Von Thünen). Aunque las nociones de competencia, dominio, asociación, invasión y sucesión posean una lectura netamente ecológica, no dejan de concebirse dentro de la esfera económica a la que remiten y al propio funcionamiento del mercado (Perulli, 1995: 22), compartiendo de hecho el mismo sujeto analítico. De ese modo se entiende que el precio del suelo, la desigual capacidad económica de los grupos y actividades sociales explique la configuración de los diferentes sectores urbanos y de la población que contienen, más o menos residuales. (Se obvia que la naturalización

de la segregación y de los procesos de filtrado termina naturalizando igualmente las desigualdades sociales.)

Por una parte, la comunidad urbana puede definirse como un agregado de organismos espacialmente localizados y arraigados que conforman una estructura social mediante un conjunto trabado de interacciones basadas en la interdependencia biótica. Es lo que podríamos especificar como *infraestructura biótica* donde rige el principio de cooperación competitiva y sus procesos derivados. Por otro lado, el orden social de la ciudad es también el resultado de la integración del binomio naturaleza-cultura, que en Park se manifiesta en tensión. La explicación de la vida social en la ciudad (su cohesión, su organización moral) se remite a la esfera de la comunicación simbólica y a los procesos de interacción, presumiendo la existencia un orden moral de cohesión por encima del biótico. La tensión entre naturaleza y cultura persiste a lo largo de la teoría ecológica y se solventa de forma dicotómica mediante la superposición dialéctica entre infraestructura y superestructura: el hombre erige sobre las bases de la comunidad biótica una estructura moral (esto es, cultural) fundada sobre la tradición y la costumbre.

4. METODOLOGÍA E INVESTIGACIÓN DE LAS COMUNIDADES LOCALES

Sin ser abundantes ni ocupar un lugar eminente en la materia, las reflexiones de Park sobre la metodología científica y las técnicas de análisis ni faltan ni desmerecen en el conjunto de su producción. Eso sí, salvo algunos escritos específicos, su exposición está diseminada por un sinfín de referencias entre capítulos de libros, artículos, prólogos y notas de trabajo; en fin, esas obras que componen la mayor parte de la literatura de Park. Esa fórmula de transmisión lastra sin duda la posibilidad de articular una exposición detallada y concluyente sobre la cuestión, y tal como sucedía en lo relativo a su elaboración teórica, exige un ejercicio de búsqueda, captura y recomposición. Dado que actuó más como director de investigaciones que como investigador, sus indicaciones nos han llegado muchas veces por los testimonios y reconstrucciones de sus alumnos y discípulos.

El interés por la metodología está presente en Park desde su etapa de formación. Además del ascendente pragmatista, consta la influencia que otras corrientes intelectuales en Europa ejercen sobre él. Así, tras graduarse en Harvard, Park cursa en Berlín, Estrasburgo y Heidelberg, estudiando con G. Simmel (su único maestro en sociología) y F. Paulsen; conoce las tesis del epistemólogo Boris Kistiakowski (*Gesellschaft und Einzelwesen*, 1899) y estudia con Wildenband —su director de tesis (*Masse und Publikum*, 1904)—. De todo ellos, neokantianos, pero especialmente de Windelband y la escuela de Baden arrastra ese canon nomotético actualizado en el programa ecológico: evidenciar las leyes y regularidades de la distribución de la población

y sus actividades en el territorio, esto es, de la relación hombre-medio. Esta cuestión, de hecho, había sido contemplada en Heidelberg por Goerg Gerland y Alfred Hettner, de cuya «geografía regional» (de intenciones igualmente nomotéticas), Park parece haber estado al tanto (Capel, 1984). En cualquier caso, esta referencia nos sitúa nuevamente ante la tensión de un complejo poliédrico como es el pensamiento de Park, atento al debate metodológico entre la disposición legaliforme (leyes de la naturaleza, regularidades del metabolismo social y de los procesos implicados) y la especificidad del conocimiento idiográfico (empatía, estudios de caso).

La preparación del curso escolar *The Survey* con que inició sus clases en Chicago, es otro acicate para profundizar en las competencias metodológicas y tecnológicas de la investigación social. Es entonces cuando se erige en crítico severo de la investigación aplicada reformista, de la vinculación entre ciencia y objetivos morales. Abogar por la profesionalización de la sociología (alejándola de los términos reformistas, de las intenciones políticas, pero también de la filosofía de la historia) suponía adoptar un discurso y un procedimiento más asépticos, objetivos y distanciados. Asimismo, se reafirma en el requisito del trabajo de campo, secundando el giro metodológico iniciado por Thomas en Chicago.

Aun cuando es un lugar común que el estudio de las comunidades locales que despliega Park —y por extensión, el grupo de ecología urbana— se distingue básicamente por un planteamiento de corte etnográfico, «cualitativo», un repaso de sus contribuciones permite ofrecer un registro analítico más amplio, ambicioso y plural, acorde con una estrategia de conocimiento preocupada tanto en los requerimientos de medición y explicación de los fenómenos socio-ecológicos como en la comprensión de los universos simbólicos de los actores. *Sociología, comunidad y sociedad* (1929) da buena cuenta de ello. El programa ecológico constituye de hecho el marco teórico-metodológico donde se concilian ambos enfoques para el análisis del metabolismo social: el de la sistematización y explicación de los procesos de la naturaleza humana, atento a las regularidades observadas, a su espacialización y cuantificación; y el de las significaciones culturales de los actores sociales, la interacción y la comunicación social. El primero nos sitúa en el análisis básico de las cosas del orden biótico o primariamente ecológico (estructura y movimientos de la población, arraigo, orden y desplazamientos territoriales); el segundo emplaza al examen del orden moral (esto es, cultural), habida cuenta de que constituyen una única realidad, en proceso. En todo caso, una evidencia de que el método no es algo que pueda construirse en el vacío, al margen del objeto real y formal de estudio.

La comunidad (urbana) como unidad de análisis: análisis demográfico y cartografía

La *unidad de análisis* básica propuesta para iniciar la investigación es la comunidad, que en su «materialidad» se distingue por una doble dimensión,

demográfica y espacial. Además «una razón más práctica —expone Park (1929: 182)— es el hecho de que la comunidad es un objeto visible. Uno puede señalarla, definir sus límites territoriales e indicar sus elementos constituyentes, su población y sus instituciones sobre un mapa».

En otro lugar hemos señalado el paralelismo entre la perspectiva ecológica y la morfología social durkheimiana (Martínez, 2008) a la que Park alude para situar el análisis demográfico como un primer paso de la investigación sociológica. En ambos casos hay un esfuerzo similar por el estudio del *sustrato social*, a partir del cual elevar hipótesis sobre los ámbitos ideacionales y morales de la existencia colectiva. Ambas perspectivas (que comparten la referencia biológica) entienden que el crecimiento del tamaño y densidad de la población explicaría la división del trabajo, la diferenciación social y los procesos de individualización.

Es interesante advertir que esta aproximación contradice parcialmente el desdén parkiano por lo cuantitativo. Ciertamente aboga más que emplea los instrumentos estadísticos, y que se muestra ambivalente sobre su alcance, pero advierte la necesidad de manejarlos, insertarlos e interpretarlos en el seno de una teoría coherente: mostrar la utilidad sociológica sin transformar la naturaleza de la propia sociología. Lo admirable del método estadístico —que no puede suscribirse tal cual dado que la sociedad no es simple agregado físico de individuos— es su rigor conceptual, su sistematicidad, su capacidad para observar en los fenómenos estudiados: la repetición, la regularidad; incluso su neutralidad axiológica y distancia son apreciadas. No obstante, Park no es en absoluto un estadístico refinado (como Burgess y sobre todo Ogburn en Chicago) y se limita a un tratamiento elemental, con estadísticos descriptivos, datos censales y secundarios que (1) desarrollan e ilustran aspectos concretos de su interpretación teórica sobre la dinámica y estructura sociales; (2) han de complementarse con otras modalidades y técnicas de investigación.

Lo que interesa sociológicamente de la aplicación de procedimientos cuantitativos a las descripciones sobre las cosas es la construcción de indicadores, el establecimiento de elementos unitarios de comparación. A partir de ahí es posible elevar hipótesis más ambiciosas, pasando de lo concreto (típico) a lo general, especialmente cuando se trata de indicadores del metabolismo social; y en concreto, los distintivos de la desorganización social (suicidios, divorcios, abandonos, crímenes, migraciones).

Pero en la perspectiva ecológica la explotación de estos datos no se limita a las artes matemáticas (por simples que fueran); también son tratados espacialmente. Si hay algo representativo del análisis ecológico es el valor atribuido a la dimensión espacial de las relaciones sociales. Territorio, hábitat, áreas naturales, posición social... términos que nos remiten a la espacialidad de lo social. Como en la morfología durkheimiana o en la geometría social simmeliana estamos ante una doble dimensión: física (lugar, arraigo, habituación, movili-

dad, trayectorias, desplazamientos) y social (posiciones en la estructura social, estatus, grupos, símbolos, etc.)⁴.

El empleo de la cartografía (social) no supone un levantamiento topográfico *stricto sensu*, sino la confección artesanal de mapas, cartas y planos para la disposición y representación de los diferentes datos (tasas, frecuencias) con fines descriptivos, comparativos y exploratorios. Será Burgess precisamente quien refinará la técnica (teoría de crecimiento por anillos concéntricos) que dará empaque a la teoría ecológica de Park. Existían, por supuesto, precursores bien reconocidos: los trabajos de Booth, los *Hull House Maps and Papers* (1895). Park incluso se había atrevido con los mapas de la diferencia en Nueva York en su época de periodista. La cartografía ecológica tiene un indiscutible antecedente en la obra de Galpin (*Social Anatomy of an Agrarian Community*, 1915) que Park aprecia como modelo y contribución al concepto de área cultural: un procedimiento sencillo consistente en «puntear, en una serie de mapas, las relaciones en el momento —económicas, políticas y sociales— de las poblaciones rurales con las pequeñas ciudades comarcales de la región a las que los agricultores ordinariamente vendían sus productos, y de los que dependían a su vez en los bienes y servicios que necesitaban» (Park, 1974: 377-78). Pero no es tanto el origen como la vocación, regularidad y expectativas de uso en el marco de la ecología urbana, que va más allá de la simple representación visual de datos primarios. La comparación cartográfica de fenómenos diversos (comportamientos como la delincuencia juvenil, las tasas de divorcio, los suicidios, crímenes violentos, etc. que aparecen con distinta intensidad según las regiones), es tanto un instrumento de exploración de hipótesis como de confirmación de postulados esenciales: las determinaciones espaciales rectifican las determinaciones biológicas al mostrar la importancia del medio o entorno social (Chapoulie, 2001). En otro orden de cosas, la distribución espacial de los fenómenos estudiados, las correlaciones entre variables que surgen de la combinación de datos primarios y mapas constituye un rudimento de lo que será posteriormente la ecología factorial (análisis multivariable).

Esto se observa con claridad en las áreas naturales, un concepto que asume ahora todo su valor metodológico como marco de referencia: habilita la observación de las regularidades o divergencias significativas entre los indicadores considerados (que los datos distribuidos en circunscripciones administrativas pueden enmascarar); y por ende, se eleva como un orden conceptual «dentro del cual los datos estadísticos logran una nueva y más general significación. No sólo nos dicen lo que los hechos son respecto a las condiciones existentes en cualquier zona, sino que en la medida en que caracterizan a un área natural

⁴ El concepto usado para designar el cambio de estatus es el de *posición*, con un referente espacial obvio, planteando la relación entre la distancia física y la distancia social. Siendo eventualmente más fácil de observar y medir, este indicador facilita el uso de la estadística en sociología. Será Ernest Bogardus, alumno de Park, quien construya en 1925 la primera escala de medición estadística de actitudes y opiniones (para medir los prejuicios raciales) partiendo de la noción ecológica de distancia social, reconvertida en distancia psicológica (Coser 1988; Coulon 1994).

y típica, establecen una hipótesis de trabajo respecto a otras áreas similares» (Park, 1929: 198). A partir de ahí, la posibilidad de superar la mera descripción de los sucesos y elaborar fórmulas abstractas y generalizaciones científicas sobre las cosas.

Desde el punto de vista de la organización ecológica de la ciudad, la noción de área natural permite ordenar simultáneamente las posiciones de los grupos e individuos en el espacio físico y social de la ciudad. Por supuesto que no se puede consignar un isomorfismo pleno, pero la estructura espacial y la estructura social guardan una estrecha vinculación, como revelan los mapas de renta y los valores del suelo, que proporcionan en conjunto una imagen bastante aproximada del componente social de cada sector, de los perfiles comunitarios.

Orden moral, comunicación simbólica e investigaciones etnográficas

La ciudad se configura espacialmente en sectores que, desde otra perspectiva, pueden concebirse como *áreas culturales*, pues constituyen ámbitos diferenciados por sus costumbres, valores, universos de discurso, normas de conveniencia y presentación, coloreando el ambiente urbano de un modo muy particular. La idea de *movilidad* que Park toma de Sorokin (*Social Mobility* 1927) adquiere todo su potencial: no se trata sólo de una movilidad territorial, sino también de una movilidad social —ocupacional y cultural— entre distintos grupos (otros deseos, estímulos, diferentes sistemas de significados, nuevos patrones y modos de obrar y pensar). El individuo puede trasladarse y establecer contactos, o experimentar esa movilidad sin desplazamiento consistente en exponerse a la alteridad y dejarse penetrar por lo que implica: nuevas referencias sociales frente a las constricciones del grupo primario (familia, vecindario, localidad). La diversidad social y cultural del ambiente urbano estimula y socializa al individuo en nuevas pautas de comportamiento, algunas consideradas «desviadas» desde la norma social. Al respecto, la noción de *regiones morales* (en sentido cultural, sin connotación ética) permite también caracterizar los entornos en que aquellos que son similares (en sus gustos, disposiciones innatas o adquiridas) encuentran un lugar donde desarrollar sus pulsiones y encontrar apoyo. Todo eso confiere a la vida urbana un carácter superficial y casual, complica las relaciones sociales y da lugar a nuevos y divergentes tipos sociales.

El análisis de esta realidad (el orden moral) exige un abordaje técnico diferente al que se desplegaba en el nivel previo. El planteamiento general era ya apuntado en *The City*:

«Los mismos métodos de observación paciente que antropólogos como Boas y Lowie han aplicado al estudio de la vida y costumbres de los indios norteamericanos pueden emplearse incluso de forma más fructífera al estudio de las costumbres, creencias, prácticas sociales y concepciones generales de la vida que prevalecen en *Little Italy*, en el bajo North Side de Chicago, o

incluso para registrar los más sofisticados hábitos de los residentes de *Greenwich Village* y de los alrededores de Washington Square, en Nueva York.» (Park 1999: 50)

Ciertamente los procedimientos *etnográficos* de la ecología urbana han gozado de amplio reconocimiento. Algunas lecturas no sólo le atribuyen el impulso original de la observación participante, las entrevistas y las historias de vida como técnicas cualitativas de investigación, sino que deducen de su trabajo la constitución de itinerarios disciplinares específicos, como la antropología urbana (Hannerz, 1986). Conviene no obstante unas precisiones al respecto. El departamento de Chicago durante mucho tiempo reunía las dos disciplinas en su seno y muchos de sus antropólogos se formaron o trabajaron con Park. Hay ciertamente una proximidad, y Park remite específicamente al modo antropológico de investigación en áreas concretas de la ciudad. Pero en su caso las referencias antropológicas son más bien escasas (Boas, Lowie, y sólo al cabo de los años Malinowski). Su etnografía ha de entenderse más bien en términos de una aproximación naturalista a las significaciones y a la dimensión subjetiva de los hechos sociales (Coulon, 1994). Esta aspiración y el abordaje subsiguiente descansaba más bien en otras consideraciones: la experiencia del periodismo de investigación (teñida de un gusto no disimulado por la literatura naturalista); en la influencia pragmatista (que tendrá una continuidad en el interaccionismo de Mead, en Chicago); y en los planteamientos de W. Thomas sobre la «definición de la situación». Situarse en la perspectiva del otro —en lo que también incidiría *El campesino polaco*— y ubicar dicha opción en el ámbito de los procedimientos científicos empíricos, pues «el sociólogo no está interesado principalmente por los sucesos en sí mismos, los considera más bien como establecidos; le interesa especialmente las actitudes de las personas implicadas, tal como se reflejan en los muy diferentes relatos que ofrecen del mismo suceso histórico. Le interesa todo lo que pueda esclarecer las actitudes y hacerlas inteligibles» (Chapouille, 2001: 117).

Sobre la base de un pluralismo metodológico se arbitran distintos dispositivos y técnicas, a modo de bricolaje, sobre los que apenas hay una reflexión sosegada ni establecimiento de cautelas: su validez es sobre todo interna, cumplen si proporcionan información valiosa obtenida sobre el terreno y permiten descifrar el sentido de los comportamientos observados, las actitudes y puntos de vista de los actores sociales. Por ese motivo la mayor parte de las monografías dirigidas o inspiradas por Park (tanto en los temas, en el marco general de interpretación como en los modos de investigar) se caracterizan por una miscelánea de procedimientos de investigación desigualmente dosificados según disponibilidad, medios y objetivos. En un mismo estudio de caso pueden coexistir procedimientos consistentes en: (a) la reunión de informaciones y datos procedentes de distintas fuentes documentales; (b) la realización de entrevistas; y (c) la práctica de la observación sobre el terreno.

La creación de un fondo documental sobre la ciudad de Chicago —ese laboratorio social—, bien organizado y a disposición de los estudiosos fue una de las pretensiones de Park. Pero es preciso remitirse a la experiencia fáustica para entender que una fuente inagotable de documentación sobre la vida social era la propia vida social. De manera que Park combina y atiende cuantas fuentes de información fueran provechosas: prensa, reseñas históricas, estadísticas e informes administrativos, memorias de tribunales, asociaciones cívicas, trabajadores sociales, hojas parroquiales, archivos públicos, testimonios privados, literatura, etc. Dado que recomendaba «mancharse el bajo de los pantalones sobre el terreno» también incluía la realización de entrevistas a los sujetos implicados o afectados y la observación sobre el campo. Sobre esto merece la pena anotar dos precisiones: de un lado, responde al ambientalismo de la ecología urbana, que prescribe la comprensión del «entorno social» donde tienen lugar las experiencias vitales de los individuos. Por otro lado, esta observación se mantiene a una distancia crítica, sin interferir en el campo ni participar en él, lo que obedece al empeño de no confundir el plano científico (naturalista) con el político o moral. De ahí que no haya en términos estrictos una observación participante, una técnica que será desarrollada en la práctica por W. F. Whyte en su célebre *Street Corner Society* (1943) (el anexo metodológico [Appendix A] no es redactado hasta la segunda edición de 1955).

Para terminar esta revisión de las aportaciones metodológicas de Park es obligado hacer una mención especial a la práctica de las historias de vida. Su modelo viene dado por *El campesino polaco* de Thomas y Znaiecki, que Park acomoda en su teoría social y ecológica. En el III volumen del libro, los autores exponían la naturaleza y valor de los documentos biográficos, que consideraban el tipo perfecto de material sociológico. Diarios íntimos, cartas personales, registros y relatos biográficos, constituyen el material sobre el que el individuo da cuenta de sus experiencias e interpretación de las situaciones vividas. «Las historias de vida —indicaba Park (1929)— no son autobiografías en el sentido ordinario del término. Tienen más bien el carácter de confesiones, documentos personales íntimos cuya intención no es tanto registrar acontecimientos externos como desvelar sentimientos y actitudes. Entre las actitudes que desvelan las historias de vida las más importantes para la sociología son aquellas que resultan o fueron totalmente inconscientes para el individuo hasta que reclamaron su atención.» Ahí reposa la justificación para enlazar el estudio aparentemente singularizado de la historia de vida de un sujeto con la caracterización de la comunidad más amplia de cuya vida cultural participa (registros comunes de valores, costumbres vinculantes, memorias e imaginarios, rituales, etc.). Hábito y costumbre, personalidad y cultura, persona y sociedad son para el autor diferentes aspectos de la misma cosa: la personalidad, un aspecto subjetivo e individual de la cultura; la cultura, un aspecto objetivo de la personalidad. Sobre la base de esta vinculación creativa —la persona como portadora y constructora de la sociedad, y viceversa— es posible progresar desde el tipo individual a la

construcción (teórica y general) de los tipos sociales que perfilan las relaciones y el universo cultural de la sociedad.

5. BIBLIOGRAFÍA

- BLEMAN, L. S. (1976): «Robert E. Park: An Intellectual Portrait of a Journalist and Communication Scholar». *Journalism History*, vol. 2, n.º 4, p. 116-124, 132.
- BLUMER, M. (1984): *The Chicago School of Sociology: Institutionalization, Diversity and the Role of Sociological Research*, Chicago: University of Chicago Press.
- CAPEL, H (1984): *Geografía Humana y Ciencias Sociales. Una perspectiva histórica*. Barcelona: Montesinos.
- COSER, Lewis (1988): Corrientes sociológicas de los Estados Unidos. En BOTTO-MORE y NISBET, *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu, pp. 327-363.
- CHAPOULIE, J. M. (2001): *La tradition sociologique de Chicago (1892-1961)*, Paris: Seuil.
- COULON, Alain (1994) : *L'École de Chicago*. París: PUF (2.ª ed.), 1994.
- GRAFMEYER, Y. y JOSEPH, I. (1984): *L'École de Chicago. Naissance de l'ecologie urbaine*, París: Aubier, pp. 5-61.
- HALBWACHS, M. (2008): Chicago, experiencia étnica, en Martínez, E. (2008): *Maurice Halbwachs: Estudios de morfología social de la ciudad*, Madrid: CIS. pp. 199-245.
- HANNERZ, Ulf (1986): *Explorando la ciudad*. México: FCE, 386 pp.
- KUKCLICK, Henrika. (1984) : L'école de Chicago et la politique de planification urbaine. La théorie sociologique comme idéologie professionnelle. En Grafmeyer y Joseph. *op. cit.* pp. 333-367.
- LANNOY, P. (2004): Quand Robert Park écrit "La Ville" (1915). Essai de scientométrie qualitative. *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, 11, pp. 157-184.
- LEONARDO AURTENETXE, J. (1989): *Estructura urbana y diferenciación residencial*. Madrid: CIS, 343 pp.
- MARTÍNEZ, E. (1999): «Introducción», en Park, R.E., *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Barcelona: Serbal. pp. 7-47.
- Martínez, E. (ed.) (2008): *Maurice Halbwachs: Estudios de morfología social de la ciudad*, Madrid: CIS.
- PARK, R.E. (1929): Sociology, Community and Society, en GEE, Wilson (ed.), *Research in the Social Sciences*, Nueva York: Macmillan Co., pp. 3-49, reed. en E.C. Hughes et al. (1952) pp. 178-209.
- (1950): Race and Culture, *Collected Papers of R.E. Park*, vol I., Everett C. Hughes et al., Glencoe, Ill.: Free Press.
- (1952): *Human Communities: the city and human ecology*. *Collected Papers of R.E. Park*, vol II., E. C. Hughes et al., Glencoe, Ill.: Free Press.
- (1999), *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*, Barcelona: Serbal (trad. y ed. de E. Martínez)
- PARK, R. y BURGESS, E. (1921): *Introduction to the Science of Sociology*, Chicago: The University of Chicago.
- PERULLI, P. (1995): *Atlas metropolitano. El cambio social en las grandes ciudades*. Madrid: Alianza Ed.

PIZZORNO, A. (1967): Introduzione, en Park y Burgess, *La città*. Milán: Ed. di Comunità.

WEBER, Marianne (1995): *Max Weber. Una biografía*. Valencia: Alfons el Magnànim.

WHITE, M. y WHITE, L. (1967): *El intelectual contra la ciudad*. Buenos Aires: Infinito, 254 p.

*Sociología, comunidad y sociedad**

ROBERT E. PARK

I. LA COMUNIDAD

Teggart ha expuesto la diferencia entre la historia y otras ciencias en una frase excelente: «La ciencia trata con objetos, entidades, cosas y sus relaciones; la historia se ocupa de los acontecimientos.»¹ Éstos suceden; las cosas, no. Todo lo contrario, las cosas existen, cambian y desaparecen ordenadamente, conforme a una regla característica de la clase y el tipo al que la cosa pertenece y de los que es un ejemplo individual. Esto es lo que se quiere expresar al describir las cosas como un fenómeno natural. La naturaleza de una cosa es, de hecho, la regla o ley por la cual se mueve o cambia.²

El método científico, o por lo menos los métodos de investigación, no pueden ser tomados en el vacío, completamente aparte de cualquier referencia a las cosas. En realidad no hay una ciencia general del método. Las matemáticas son la aproximación más cercana a esto y han sido el modelo de exactitud que otras ciencias han procurado alcanzar siempre. La exactitud conceptual de las matemáticas y la profunda aplicación que ha instituido en otras ciencias obedece al hecho de que se ha limitado a las características más evidentes de las cosas, en particular a su forma y secuencia. Forma y secuencia ordenada son, efectivamente, las «cosas» de las matemáticas. Y esto sugiere la observación añadida de que lo que las cosas son para cualquier ciencia especial o para el sentido común, en realidad, está determinado ampliamente por el punto de vista desde el cual se contemplan. Nuestro *datum* original es siempre un suceso. Toda ciencia crea más o menos su propio objeto al margen de los eventos que conformen la experiencia común de la humanidad.³ La primera tarea de toda ciencia es convertir los sucesos en cosas, en las cosas particulares que se propone estudiar.

La estadística ha sido el método *par excellence* a través del cual las ciencias sociales han tratado de ser más sistemáticas y alcanzar una exactitud cuantitativa.⁴ La dificultad deriva de que los estadísticos han aplicado su técnica a los

* Publicado en Wilson Gee (ed.), *Research in the Social Sciences*, Nueva York: Macmillan Co., 1929, pp. 3-49 y reeditado en Park (1952): *Human Communities: the city and human ecology. Collected Papers of R.E. Park*, vol II., E. C. HUGHES *et al.*, Glencoe, Ill.: Free Press, pp. 178-209. En esta selección se ha eliminado una serie de párrafos (con sus correspondientes notas a pie de página) así como gráficos y mapas ya ampliamente difundidos. Traducción al español: Emilio Martínez. UCM

¹ Teggart, Frederick J., *Theory of History*. New Haven, 1925, p. 71.

² Rickert, Heinrich. *Die Grenzen des naturwissenschaftlichen Begriffsbildung. Eine logische Einleitung in die historischen Wissenschaften*. Leipzig, 1902, p. 212.

³ Whitehead, Alfred North. *The Concept of Nature*. Cambridge, England, 1920.

⁴ «Donde hay cantidad, hay ciencia», dice Tarde, que añade: «la ciencia social alcanzará au-

fenómenos sociales como si las ciencias sociales no existieran o como si estas fueran un mero compendio de hechos de sentido común.

Por ejemplo, los estadísticos han considerado habitualmente a las personas como si fueran meras unidades físicas y a las sociedades como simples agregados físicos. Pero las ciencias sociales [...] han comenzado a definir conceptualmente las «cosas» que constituyen sus objetos de investigación. Así, la sociología no está preocupada por los individuos como tales, sino en un tipo especial de relaciones, no fundamentalmente físico, existente entre los individuos, que les constituye como personas. La sociedad, en sentido estricto, está compuesta de personas, y las personas son individuos que poseen un estatus en la sociedad. Consideradas desde esta óptica, las sociedades se antojan cosas, cosas con una historia natural y con características determinadas por las interacciones y relaciones mutuas de las personas que las componen.

[...] Los términos sociedad y comunidad, tal como se usan en el habla común, sugieren diferencias pero no las definen. La palabra comunidad, no obstante, describe con más precisión el organismo social concebido por Spencer. Por su parte, la concepción de Comte se acerca más a lo que normalmente entendemos por sociedad.

En el sentido más amplio del término, la comunidad posee una connotación espacial y geográfica. Toda comunidad tiene un emplazamiento y los individuos que la componen tienen un lugar de residencia dentro del territorio ocupado por la comunidad. Aparte de eso, existen gentes en tránsito no contempladas como miembros, si bien tienen una ocupación en la economía local. Ciudades, villas, caseríos y, bajo las modernas condiciones, el mundo por entero con todas sus diferencias de raza, cultura e intereses particulares, todos son comunidades. Y lo son en tanto que, a través del intercambio de bienes y servicios, pueden considerarse como cooperadoras en el desempeño de una vida en común.

La sociedad, sin embargo, siempre incluye algo más que la cooperación competitiva y su interdependencia económica resultante. La existencia de una sociedad presupone una cierta cantidad de solidaridad, consenso y fines comunes. La imagen de la sociedad, en sentido estricto, se refleja bien en la familia, la tribu y la nación. Las sociedades están formadas en y para la acción. Progresan en los esfuerzos de los individuos para actuar colectivamente. Las estructuras que exhiben son generalmente los efectos secundarios de la acción colectiva. Viviendo en sociedad los individuos logran sus intereses definidos en referencia a las metas más amplias del grupo del que son miembros. En este sentido y alcance, la sociedad controla a los individuos que la integran. Leyes,

tonomía tan pronto sea capaz de establecer un ritmo (*un mode répétition*) peculiarmente propio». Los hechos científicos, en otros términos, son hechos susceptibles de repetición. Además pueden ser examinados, verificados, computados, clasificados y tratados en general cuantitativamente. *Vid.* Gabriel Tarde, *Études de Psychologie Sociale*, París, 1898, pp. 41-42. *Vid.* También del mismo autor *Essais et mélanges sociologiques*, París, 1895, pp. 130-308, donde revisa los intentos de aplicación de la estadística al estudio de las actitudes (*Croyances et désirs*).

costumbres y convenciones «definen la situación» —como decía William Thomas— y de este modo, entre otros, imponen una disciplina sobre todos aquellos que tratan de participar en la vida común.

El término comunidad es empleado con una connotación más amplia. Ha sido aplicado a plantas y animales, donde individuos y especies parecen mantener un grupo económico. En tales casos, sin embargo, no hay sociedad en el sentido en que Comte usaba el término dado que en tales comunidades no existe consenso ni convenciones ni orden moral. El orden existente no es otro que el de la naturaleza.

Es evidente que los dos términos, desde cualquier punto de vista, no se corresponden, y estrictamente hablando la sociedad y la comunidad son diferentes. Sin embargo es muy seguro que si el término se limita en sus aplicaciones a los seres humanos, cada comunidad sea, en cierto sentido y hasta cierto punto, una sociedad. [...] De otro lado, es indudable que no toda sociedad es una comunidad.

La comunidad, si no siempre idéntica a la sociedad, es al menos el hábitat donde las sociedades progresan. Proporciona la organización económica y las condiciones necesarias para que las sociedades arraiguen, sobre las que pueden establecerse en tanto que cuentan con una base física.

Esta es una de las razones por las que las investigaciones sociológicas pueden muy propiamente comenzar por el estudio de la comunidad. Una razón más práctica es el hecho de que la comunidad es un objeto visible. Uno puede señalarla, definir sus límites territoriales e indicar sus elementos constituyentes, su población y sus instituciones sobre un mapa. Sus características son más susceptibles de tratamiento estadístico que la sociedad en sentido comteano.

II. PIRÁMIDES DE POBLACIÓN

Como se ha dicho, la comunidad, en su aspecto más obvio —por ejemplo, como el estadístico la concebiría— es un mero agregado numérico, un grupo poblacional definido por el espacio que ocupa. El más elemental método de investigación de una sociedad concebida de modo tan abstracto es enumerar los individuos que la componen. Es principalmente la tarea de la geografía humana determinar la distribución de la población mundial y descubrir las densidades relativas de población en cada región geográfica, y dentro de éstas, en cada comunidad local. Pero la densidad de población, por su alcance y significación en la vida de cada comunidad, es *per se* un importante dato sociológico. Reconociendo este hecho, Ross sitúa los estudios de población en la introducción de su manual de sociología⁵.

⁵ Ross, Edward A. *Principles of Sociology*, Nueva York, 1920.

El notable sociólogo francés, Emile Durkheim, y su escuela, otorgan un destacado papel a los estudios de población en su concepción de la sociología, bajo el título de morfología social⁶.

Tamaño y cantidad son aspectos muy significativos no sólo de la comunidad, sino de cualquier sociedad; de ahí las tentativas practicadas de clasificación y definición de ciudades y agregados menores de población en términos numéricos⁷.

El recuento comprende normalmente una división de la población según edad y sexo en forma piramidal. Se trata de la denominada pirámide de población. Aflora así que las pirámides de comunidades diferentes exhiben una gama de variaciones características y típicas de las comunidades cuya población representan.

[...] El proceso de incorporación de nuevos elementos y de eliminación de los antiguos puede describirse como un tipo de metabolismo social, y cuyo ritmo de progreso es mensurable. Ahora bien, el ritmo que presenta este metabolismo así como la suma del movimiento general y su movilidad, que consideraremos después, es indicador y medida de la intensidad del proceso social⁸. [...]

Estos cambios en el metabolismo social se inscriben no sólo en las cifras que muestran el incremento y circulación actuales de la población, sino también en la pirámide poblacional. Una población que ha crecido básicamente por inmigración se representa mediante un tipo muy diferente de pirámide a la de aquella crecida más bien por un exceso de nacimientos sobre decesos, y esto independientemente del incremento numérico. Asimismo, las diferencias características entre las comunidades urbanas y rurales se reflejan en la forma de sus respectivas pirámides demográficas. Pero los contrastes más sorprendentes en la composición y circulación de las poblaciones se manifiestan en las pirámides confeccionadas a partir del estudio de las cohortes de edad y sexo en diferentes áreas naturales de las grandes ciudades.

El hecho de que tales divergencias y contrastes existan es prueba notable del rol que desempeñan las ciudades en la vida moderna. Unen ciertamente los extremos del mundo, todas las razas, clases y tipos sociales, pero al hacerlo, las ciudades tamizan, clasifican y redistribuyen su heterogénea población en nuevos grupos y clases, conforme a patrones inéditos e insospechados. La explicación es que la competencia, la lucha por la existencia, impone finalmente

⁶ Vid. Durkheim, Émile. *L'Année Sociologique*, pp. 520-21.

⁷ Willcox, Walter F. *Proceedings of the American Sociological Society*, vol. XX, p. 97. Este y otros trabajos sobre tópicos relacionados se publican de Nuevo en *The Urban Community*, Ernest W. Burgess (ed.). Vid. También la bibliografía en Park, Robert E. y Burgess, Ernest W., *The City*, pp. 165-166.

⁸ En las ciencias sociales, como en otras ciencias, estamos muy interesados en los indicadores. Sólo a través de ellos podemos establecer unidades y aplicar métodos cuantitativos a nuestras descripciones sobre las cosas. A veces sucede que los sociólogos, como los psicólogos con sus pruebas de inteligencia, no sabemos qué estamos midiendo. Sin embargo, es posible otorgar precisión a nuestras comparaciones entre objetos incluso si ignoramos por completo qué miden las cosas que estamos midiendo.

a cada individuo la búsqueda de aquella tarea que mejor puede realizar y la extensión de la división del trabajo multiplica sus oportunidades para encontrar la vocación más conveniente. Este proceso de filtrado socava las viejas asociaciones, sustrae a los individuos de sus grupos raciales y de adscripción, rompe familias; afloja de hecho todos los lazos. Y esto es parte o al menos incidente y subproducto del proceso de metabolismo social.

La pirámide de población, en tanto que exhibe las variaciones de las cohortes por edad y sexo, se confirma como un dispositivo provechoso de exploración social. Mostrando las anomalías y desviaciones de la distribución normal de la población urbana, se antoja una medida de cambio así como un indicador de los problemas de la comunidad urbana. [...]

Esta clasificación y segregación de la población comunitaria, situando a los individuos en nuevas localizaciones y ocupaciones —donde la pérdida de vínculos familiares y la ruptura de las asociaciones locales es un incidente— se correlaciona aproximadamente, aunque no de forma idéntica, con lo que hemos llamado el metabolismo social. Cuando las poblaciones crecen rápidamente, bien por inmigración bien por exceso de nacimientos sobre decesos, el movimiento y segregación de sus componentes individuales avanza a paso rápido. El cambio que inevitablemente tiene lugar en una comunidad en aumento, por otra parte, se multiplica e intensifica por la invención de nuevos dispositivos mecánicos para la producción de bienes, por las nuevas facilidades para el transporte y la comunicación, y por la extensión subsiguiente de la división del trabajo⁹.

[...] Estas observaciones están basadas ampliamente sobre estudios recientes acerca del carácter y las consecuencias del rápido crecimiento de las ciudades. Sin embargo, esto puede ser considerado como una ilustración específica de la intervención de un principio más general, ampliamente reconocido por los estudiosos de la civilización y de la vida social, a saber, que el movimiento y la migración no son meros incidentes sino causas de toda forma de cambio social. Teggart cita a Waitz, el antropólogo alemán: «donde vemos población, cualquiera que sea su grado de civilización, viviendo sin contacto ni acción recíproca con otros, encontraremos generalmente un cierto estancamiento, una inercia mental y una falta de actividad que imposibilita cualquier cambio próximo de las condiciones sociales y políticas». [...]

Desde el punto de vista de la investigación sociológica, podemos reparar en dos observaciones referentes a esta teoría general del cambio social:

1. Si es cierto que los procesos que hemos estudiado intensivamente y de primera mano en la ciudad son plenamente comparables a aquellos cambios seculares más amplios observados por los historiadores, a partir de un horizontes más ancho, entonces es posible —usando la comunidad urbana como unidad de investigación— no sólo informar sino investigar el proceso de civilización.

⁹ Vid. Burgess, E. «The Growth of the City», Cap. II, *The City*, Park. & Burgess, Chicago, Chicago University Press, 1925.

2. Si el desplazamiento, la migración y el comercio están tan inmediatamente asociados a los cambios sociales como se ha sugerido, entonces la movilidad puede ser tomada como un indicador del cambio social, y la intensidad del proceso social, a través del cual estos cambios son efectuados, puede ser materia de investigación cuantitativa.

III. MOVILIDAD Y VALORES DEL SUELO

Todos los movimientos, migraciones y cambios de localización que tienen lugar dentro de la comunidad o que de algún modo afectan a la rutina de la vida comunitaria están incluidos en el concepto de movilidad. Sorokin ha ampliado el término hasta incluir los cambios en el estatus ocupacional entre la primera y la segunda generación. [...] Además distingue entre movilidad vertical y horizontal. La movilidad vertical se aplica a los cambios en el estatus ocupacional; la horizontal, por su parte, se limita a los cambios de localización¹⁰.

[...] El movimiento espacial y la movilidad ocupacional son sociológicamente significativos en tanto que sirven fundamentalmente como indicadores para la estimación de «contactos», esto es, choques, impresiones e interrupciones accidentales y rupturas de los modos de pensamiento y acción acostumbrados inevitablemente generados en el curso de nuevos encuentros personales. Los cambios en el estatus ocupacional son, sin embargo, una de las muchas maneras en que son interrumpidos los rituales y rutinas sociales —que por lo demás serían perpetuados por el puro «peso de la autoridad, la superstición y la opinión pública»— y las energías individuales lanzadas a nuevos propósitos y aventuras. La importancia de tales cambios en el estatus, desde el punto de vista de la investigación, es que son susceptibles de exponerse en términos cuantitativos.

Naturalmente, en las grandes ciudades, con su comercio mundial y sus grandes poblaciones cosmopolitas, el movimiento de población es mayor, los conflictos eventuales de personalidades y culturas son más intensos y los cambios sociales más veloces. Si las ciudades han sido siempre centros de civilización y de la vida intelectual se debe parcialmente a que constituyen lugares de encuentro entre extraños y centros de novedades. El revuelo, el bullicio y la animación de la vida urbana no son sino el reflejo de la intensa vida social, que tratamos de abstraer y medir en términos de movilidad.

[...]

Además están los movimientos semianuales —con alzas y declives— de los residentes en apartamentos, y la marea cotidiana de población que cada mañana se vierte en los centros urbanos desde la periferia para regresar a ella a la noche. Estos desplazamientos están tan íntimamente relacionados con todos los aspectos de nuestra vida comercial, y son tan sintomáticos de los complicados

¹⁰ Sorokin, Pitirim. *Social Mobility*, Nueva York, 1927.

y profundos cambios de nuestra vida política y cultural, que es como si tuviéramos en nuestras manos el pulso de la comunidad.

Por supuesto, la movilidad puede ser medida e interpretada de otras maneras. En realidad, todavía no se ha concebido un conjunto satisfactorio de unidades o fórmulas para describir este complejo de movimientos de población en términos cuantitativos. [...] Mackenzie ha distinguido los movimientos cíclicos y recurrentes de este tipo de migración, que implica un cambio de residencia, mediante el término «fluidez»¹¹.

Lo que es interesante, a este respecto, es que los valores del suelo parecen definitivamente relacionarse con los movimientos de la población y con la movilidad en general¹². Apenas resulta necesario decir que los valores del suelo crecen con los movimientos e incrementos poblacionales. Menos obvio es el hecho de que el incremento de los valores del suelo en cualquier región de la comunidad ocasiona una redistribución de la población en el conjunto de la comunidad. Las ciudades, particularmente desde la introducción de las nuevas formas de transporte y locomoción [...] han experimentado una rápida expansión territorial. La aparición de un nuevo suburbio en el extrarradio de la ciudad no provoca empero la disminución de la presión sobre el área central de negocios. [...] La adición de población en la periferia incrementa los valores del suelo del centro y la presión de los valores del suelo central se irradian hacia el conjunto de la ciudad. Uno de los efectos es la creación, justo en los límites externos de la zona central de negocios, de lo que Burgess llamaba un «área de transición», es decir, de un *slum*¹³.

La invasión de *slums* en las áreas residenciales tiende a producir sin embargo una segunda área de transición, la conocida como *rooming house area*. El área de pensiones es casi invariablemente el antiguo territorio residencial que debido a cambios rápidos resulta abandonado por sus originales propietarios para uso temporal de transeúntes. Más allá de sus límites, con incrementos del valor del suelo, los apartamentos suceden a las viviendas unifamiliares, estando determinada la altura de dichas edificaciones por el valor del suelo. En los bornes externos de la ciudad interior, lindando con el área suburbana, aún se mantienen residencias unifamiliares, apartamentos dúplex y bungalós, el último refugio de la casa tradicional americana.

Así pues, los valores del suelo, que son en gran medida producto de los agregados demográficos, operan a largo plazo, en los límites de la comunidad, para dar una distribución ordenada y un patrón característico. Bajo la presión de los valores del suelo central, las ciudades asumen la forma de una serie de círculos concéntricos cada uno de los cuales ciñe un área de movilidad decre-

¹¹ McKenzie, R.D. «The Scope of Human Ecology», *Proceedings of the American Sociological Society*, Vol. XX, 1925.

¹² MacGill, Helen G. *Land Values: An Ecological Factor in a Community in South Chicago* (University of Chicago, M.A., thesis, 1927).

¹³ Vid. Burgess, E.W., «The Growth of the City» en Park & Burgess, *The City*, University of Chicago Press, 1925.

ciente y de valores del suelo menguantes. Si los mayores valores del suelo están en el área comercial, éstos se localizarán fundamentalmente en el punto donde se encuentre y pase el mayor número de personas al día.

Si los supuestos que hemos asumido arriba fueran completamente válidos, esperaríamos hallar que los valores del suelo descenden en gradientes regulares desde la cúspide del centro de la ciudad hacia la periferia. Pero no todo es tan simple, en parte debido a la incidencia de localizaciones geográficas y de transporte que intervienen modificando y complicando los patrones que los valores del suelo *per se* pueden imponer, y también porque la distribución de industrias y comercios responde a fuerzas relativamente independientes de aquellas que determinan la localización de los centros residenciales y de comercios al detalle.

[...] De lo dicho hasta ahora podría desprenderse que los valores del suelo vienen a conformar una especie de tercera dimensión de nuestra geografía humana. Cada uno de nosotros, cada miembro individual de la comunidad y cada institución ocupa una posición en referencia a otros individuos e instituciones comunitarias que puede describirse en términos de distancias temporales y espaciales. Pero también ocupamos una posición determinada por el valor del espacio en que nos localizamos y por la renta que consignamos. Los mapas de renta se han hecho indispensables para el análisis de mercado y los profesionales de la publicidad. Son indicadores del estatus social, del poder adquisitivo y del crédito comercial. Los mapas de los valores del suelo devienen, pues, de un modo algo ordinario, índices de la vida cultural de la comunidad. Sirven para delimitar, por así decirlo, los perfiles culturales comunitarios. En todo caso, los valores del suelo ofrecen un nuevo dispositivo que permite caracterizar la organización ecológica de la comunidad, el entorno social y el hábitat del hombre civilizado.

La construcción de un mapa de valores del suelo que ilustre gráficamente las extraordinarias variaciones existentes dentro de los límites de la comunidad urbana es uno de los problemas técnicos de la metodología que los investigadores de la ecología humana han comenzado a experimentar recientemente. Para los propósitos de tal mapa, los niveles geográficos no son considerados, y en vez de ello, los valores del suelo son representados bien por líneas de nivel dibujadas sobre una superficie llana, bien por modelos plásticos. Ahora es posible multiplicar mecánicamente modelos elásticos, inicialmente creados como simples ejemplos artesanales, mediante un dispositivo recientemente inventado conocido como «proceso Wenschow».

[...] De todos los hechos que pueden ser expresados geográficamente, los valores del suelo son con toda probabilidad los más importantes para la sociología. Su alcance radica en que ofrecen un indicador relativamente exacto de las fuerzas que determinan la organización cultural y ocupacional de la comunidad y también porque con su ayuda es posible expresar en términos numéricos y cuantitativos mucho de lo que es sociológicamente significativo.

IV. MARCOS DE REFERENCIA

En una inspección inmediata, la comunidad urbana resulta un mosaico de comunidades menores. Muchas de ellas sorprendentemente difieren entre sí, pero todas son más o menos típicas. [...] Son las llamadas *áreas naturales* de la ciudad, producto de fuerzas constantemente actuando y cuyo efecto es una distribución ordenada de poblaciones y actividades dentro del complejo urbano. Son naturales en la medida en que no son planeadas y porque el orden que exhiben no es el resultado de un proyecto sino una manifestación de las tendencias inherentes en el ámbito urbano; tendencias que los planes urbanos desean controlar y corregir —aunque no siempre satisfactoriamente—. En suma, la estructura de la ciudad, tal como se da, resulta con claridad tanto el producto de la lucha y esfuerzos de sus gentes por vivir y trabajar colectivamente, como el de sus costumbres locales, tradiciones, rituales sociales, leyes, opinión pública y su orden moral imperante.

La estructura que los recientes estudios sobre la comunidad urbana han revelado es, por otra parte, característica de las ciudades; en otros términos, exhibe un patrón que puede ser descrito conceptualmente. Las áreas urbanas no son «sucesos», son cosas, y los sectores de una ciudad pueden compararse con los de otra.

Lo relevante aquí es que las estadísticas sociales —nacimientos, decesos, nupcias, divorcios, suicidios y crímenes— asumen una nueva significación cuando son recogidas y distribuidas de tal modo que identifiquen a las áreas naturales. Así, un área se caracteriza por (1) el volumen y la composición racial de la población que la ocupa; (2) las condiciones bajo las cuales viven; y (3) por los hábitos, costumbres y comportamientos que generalmente exhiben. En resumen, el lugar, la gente y las condiciones bajo las que viven se conciben como un complejo cuyos elementos están más o menos completamente vinculados, si bien es cierto que no siempre de un modo claramente definido. Se asume así, parcialmente como resultado de una selección y segregación, e igualmente como fruto de la influencia de los modelos culturales, que las personas que habitan en áreas naturales del mismo tipo general y que están sometidas a similares condiciones sociales presentarán, en su conjunto, las mismas características.

Diversas investigaciones han mostrado que este supuesto es suficientemente correcto hasta ahora, justificando por tanto su empleo como hipótesis de trabajo. En todo caso, parece que cuando las áreas naturales, más que los distritos formales y administrativos, constituyen la base para indagaciones estadísticas, las diversas regiones muestran divergencias insospechadas y significativas, que permanecían ocultas mientras las estadísticas se distribuían sobre áreas no naturalmente definidas. Como han mostrado los estudios de Mowrer sobre desorganización familiar, en la ciudad de Chicago existen áreas en las que no hay divorcios en absoluto y otras donde, para los intervalos considerados, las tasas de divorcio eran más altas que en cualquier otro estado de la Unión salvo Nevada, la Meca de los divorcios. La distribución de estadísticas sobre divor-

cios y abandonos muestra incidentalmente que el divorcio es un lujo que buena parte de la población no puede permitirse, siendo el abandono su sustituto entre los pobres.¹⁴

Recientes estudios sobre el suicidio parecen poner de manifiesto una correlación inversa entre crímenes violentos y suicidio —siendo éste una forma de violencia dirigida contra uno mismo—. Alemanes y japoneses, que respectivamente exhiben por doquier unas bajas tasas de crímenes, contribuyen en gran medida al cupo de suicidios. De otro lado, negros e irlandeses, que registran altas tasas de crímenes violentos, rara vez cometen suicidios¹⁵. El sector que Neils Anderson, en su investigación sobre el Hobo, describe como «Hoboemia» presenta un extraordinario número de muertes por alcoholismo, lo que sin duda puede ser visto, al igual que el suicidio, como un modo de autodestrucción. Por otra parte, Bohemia, la región de la juventud y el desengaño, registra un notorio exceso de suicidios.

Como se desprende de lo dicho, las áreas naturales de la ciudad pueden cumplir una importante función metodológica. En conjunto constituyen lo que Hobson ha descrito como «un marco de referencia», un orden conceptual dentro del cual los datos estadísticos logran una nueva y más general significación. No sólo nos dicen lo que los hechos son respecto a las condiciones existentes en cualquier zona, sino que en la medida en que caracterizan a un área natural y típica, establecen una hipótesis de trabajo respecto a otras áreas similares¹⁶.

Es evidente que las áreas de una comunidad urbana pueden ser caracterizadas en la manera indicada hasta un punto ilimitado. Una vez han sido dispuestos en este esquema conceptual —este marco ecológico de referencia—, muchos de los hechos que pueden ser estadísticamente acordados podrían a su vez conformar la base de aserciones generales eventualmente susceptibles de reducción a una fórmula abstracta y a generalizaciones científicas.

[...] Así pues, el resultado de cada nueva investigación específica habría de reafirmar o redefinir, cualificar o extender las hipótesis sobre las que estuviera basada la exploración original. Los resultados no deberían meramente incrementar nuestro caudal de información sino permitirnos reducir las observaciones a fórmulas generales y a exposiciones cuantitativas terminantes para todos los casos similares. La posibilidad de deducciones generales descansa, en el presente caso, sobre la validez de la concepción del área natural. La organización ecológica de la comunidad puede postularse marco de referencia sólo cuando, como las áreas naturales de que está compuesta, puede ser considerada como el producto de factores a la vez generales y típicos. El conocimiento se hace sistemático y general cuando somos capaces de elaborar proposiciones

¹⁴ Mowrer, E.R., Ph. D. *Family Disorganization*, p. 12. Chicago: The University of Chicago Press, 1927.

¹⁵ Shonle, R. *Suicide: A Study of Personal Disorganization* (University of Chicago Press, Ph. D. thesis, 1926).

¹⁶ Hobson, Ernest W. *The Realm of Nature*. Cambridge University Press, 1922.

respecto a las cosas y no sólo limitarnos a la descripción de sucesos¹⁷. Mediante el marco de referencia descrito es posible realizar la transición desde el hecho concreto al conocimiento sistemático y conceptual.

V. HISTORIA

Las áreas naturales en que se descompone la comunidad urbana, y de hecho cualquier tipo de comunidad, son —al menos en primera instancia— el producto de procesos de criba y distribución que podemos llamar segregación. Cada cambio en las condiciones de la vida social se manifiesta en primer lugar y de forma evidente en una movilidad acentuada y en desplazamientos que concluyen en segregación. Esta segregación determina los patrones físicos que la tornadiza comunidad adquiere sucesivamente. Y esta forma física, a su vez, ejerce modificaciones en la organización cultural de la comunidad.

Los movimientos de la población se inician usualmente por cambios económicos y se logra un nuevo equilibrio una vez se ha establecido una economía más eficiente. La sociedad, no obstante, no se reduce a lo económico, y la naturaleza humana viene animada siempre por motivaciones personales y sociales, no sólo económicas. Si en uno de sus aspectos la comunidad puede ser caracterizada por una división del trabajo y una forma de cooperación competitiva, también puede ser considerada, de otro lado, por el consenso y un orden moral. Dentro de este orden moral los individuos asumen el carácter de personas conscientes de sí mismas y de su rol en la comunidad. Uno de las motivaciones más perentorias y continuas de los individuos es la de mantener, defender y, en lo posible, mejorar su estatus. Sin embargo, el estatus es cuestión de consenso. En lo más simple está determinado ampliamente por el grado en que el individuo es capaz de participar en los propósitos comunes de la comunidad, conformarse a sus estándares, someterse a su disciplina o, a través de la fuerza del prestigio y la influencia personal, imponer sus propias metas sobre sus compañeros.

En sociedades complejas como la nuestra el individuo se integra en diferentes sociedades y grupos sociales, donde posee un estatus diferenciado y desempeña un rol distintivo. Las migraciones, los desplazamientos y los cambios en las condiciones económicas rompen las formas existentes del orden social y socavan los estatus existentes. Nuevos medios de locomoción como el automóvil, por ejemplo, han cambiado profundamente las condiciones y el carácter de la vida moderna. [...]. El cine y los periódicos han provocado cambios sorprendentes en nuestras costumbres y estilos de vida. No es posible conjeturar hasta qué punto la radio o el avión han complicado nuestras relaciones internacionales y cómo lo harán en el futuro. Los nuevos contactos exigen nuevos ajustes, la creación de nuevas formas de trato social y la progresiva extensión de la

¹⁷ Whitehead, Alfred North. *An Enquiry Concerning the Principles of Natural Knowledge*. Part. 4. The Data of Science, Cambridge, Ing., 1929.

posibilidad y la necesidad de participación en la vida común. Ha sido tarea de la Historia preservar los registros de esta vida común, interpretar y hacer inteligible la tradición cultural común. Y ha sido función de la educación transmitirla y preservar la continuidad histórica de la sociedad y de la vida social¹⁸.

La etnología y la antropología, en sus orígenes ciencias históricas, se han interesado hasta ahora principalmente en el estudio de las formas y artefactos culturales de las sociedades primitivas o en los vestigios culturales de antiguas sociedades. Pero las trazas, el folclore, las formas culturales y la organización social, por interesantes que sean *per se*, no ofrecen una adecuada relación de una sociedad o del orden social hasta que descubrimos su significado. Queremos conocer el uso de las herramientas, los sentimientos y opiniones con que eran contempladas por quienes las usaban. Las instituciones todavía presentan sus formas antiguas y externas tras haber dejado de servir a sus propósitos originales. Las formas y ceremonias religiosas que fueron en su tiempo expresión de una fe enardecida y fuente de consuelo e inspiración para quienes las practicaban, se convierten con el tiempo en venerables vestigios incomprensibles. Los rituales simbólicos y expresivos degeneran en meras fórmulas mágicas. Es característico de las ciencias sociales, incluyendo a la sociología, el querer conocer no sólo la existencia presente o pasada de las cosas sino el significado atribuido por las personas de cuya cultura formaban parte.

La sociología, distinguiéndola aquí de la antropología social, se ha interesado por los llamados problemas sociales, i.e., la pobreza, el vicio, el crimen, la desorganización personal y familiar, los abusos del poder político, y en los esfuerzos por reformarlos. La tentativa de comprensión de dichos problemas ha llevado, sin embargo, al desarrollo de investigaciones progresivamente más ponderadas sobre las formas de vida contemporánea, sus instituciones y sus culturas. Eventualmente, los sociólogos han descubierto que cada área natural es o tiende a ser, en el curso natural de los acontecimientos, un área cultural. Cada área natural posee o tiende a poseer *sus* tradiciones privativas, costumbres, convenciones, pautas de decencia y decoro, y si no un lenguaje propio, al menos un *universo de discurso* particular en el que las palabras y los actos poseen un significado apreciablemente diferente para cada comunidad local. No es difícil reconocer este hecho en el caso de las comunidades inmigrantes que aún preservan más o menos intactos los usos de sus países originarios. Pero es menos fácil reconocer que esto resulta igualmente cierto en los sectores cosmopolitas de la ciudad donde una miscelánea de población en tránsito se confunde en una relativamente desmedida promiscuidad. En tales casos la libertad y ausencia de convención son *per se*, si no un acuerdo, sí al menos un secreto compartido. Incluso en los sectores donde las costumbres no reafirman la conciencia, la opinión pública y la moda ejercen un control externo poderoso¹⁹.

¹⁸ Dewey, John. *Democracy and Education*. Nueva York, 1923.

¹⁹ Tarde, Gabriel. *Les lois de l'imitation; étude sociologique*. 2ª ed., Cap. VIII, pp. 267-396. París, 1895.

Al estudiar la comunidad o las áreas naturales desde el punto de vista de su cultura, la sociología emplea el mismo método que la antropología cultural o la historia. Escribe la historia, en tanto que es posible, de la comunidad o del área particular que se propone investigar²⁰.

Los periódicos locales son fuentes de información respecto a las tradiciones, los sentimientos y la opinión locales. Los nombres e historias personales de los caracteres del lugar son a menudo valiosos registros. No tanto lo sucedido sino lo recordado resulta significativo. Las instituciones locales, como las obras de arte y la literatura, son expresiones simbólicas de la vida común. Como el arte y la literatura, poseen forma y extensión, pero al mismo tiempo tienen una cuarta dimensión, a saber, el significado. Este significado no nos es directamente accesible. Captamos el significado de las instituciones sociales como captamos el sentido de las palabras, mediante la observación de los modos como son utilizadas; mediante la investigación de las condiciones e incidentes de su origen y desarrollo, y teniendo en cuenta cualquier cosa que resulte inusual o único en su historia. Ciertamente la sociología, como toda ciencia natural, clasifica sus objetos, y en orden a definirlos conceptualmente y a hacer de ellos abstracciones respecto a las cuales perfilar conclusiones generales, es necesario, eventualmente, hacer caso omiso de cuanto se dé como único o inclasificable sobre ellos. Pero la sociología debe tener sus objetos antes de que poder clasificarlos.

¿Qué es un objeto social? Un artefacto; algo que ha sido elaborado; una ceremonia, costumbre, ritual, palabras; algo que, como la palabra, tiene un significado y que no es precisamente lo que parece. Un objeto físico deviene objeto social sólo cuando conocemos su uso, su función, su significado, sus diferentes sentidos según las distintas personas. Así, consideremos un símbolo cristiano familiar, la cruz, o mejor quizás el crucifijo; qué diferentes significados ha tenido y conserva aún entre los devotos cristianos y los judíos ortodoxos. Al parecer, la historia sola nos puede hacer inteligibles sus diferentes significados. Sin embargo, éstos son parte esencial de la cosa. Precisamente porque ha sido un *registro de acontecimientos* más que una *descripción de las cosas*, la historia ha proporcionado a la sociología mucho, si no la mayor parte, de su temática. Algo como la historia —la historia de la vida contemporánea— debería seguir desempeñando dicha función.

VI. HISTORIAS DE VIDA

En el estudio de la vida contemporánea el sociólogo tiene una vía de acceso y un mecanismo de exploración de su tema que difieren en amplitud y disponi-

²⁰ En relación con los estudios sobre comunidades locales emprendidos en años recientes en la Universidad de Chicago, Vivien M. Palmer escribe actualmente la historia de unas 80 comunidades dentro de los límites urbanos de Chicago.

bilidad a los del historiador o el antropólogo²¹. Él puede entrevistar a los individuos participantes o integrantes del orden social que desea investigar; puede por medio de entrevistas o mediante el uso de documentos personales íntimos construir lo que se denominan técnicamente historias de vida.

La relación de los individuos con la sociedad en que viven es probablemente mucho más real e íntima de lo que hasta ahora se ha asumido. [...] Es inevitable que las personas que viven juntas, aun en los términos más superficiales, acaben poseyendo un repertorio común de memorias, una tradición; que adquieran un estándar compartido de convenciones sociales, formas aceptadas de trato, etiqueta, modales y rituales sociales, aun cuando los motivos e intereses más profundos de la vida se mantengan relativamente intactos. Es inevitable que el trato continuado termine reduciendo los hábitos personales a formas convencionales y que éstas asuman con el tiempo el carácter de costumbres sociales vinculantes.

En ese mundo nace y vive el individuo. Las costumbres de la comunidad se convierten en sus hábitos. En el curso ordinario de los acontecimientos acepta el rol que la sociedad le asigna y al menos en apariencia trata de conformarse a él. El individuo obra así por varias razones, entre otras, porque ansía reconocimiento, respeto y estatus. La independencia de acción ante ciertas limitaciones indicadas no es presumible en él y, mientras cumple, se mantiene confiado, despreocupado de sí e inconsciente de su conducta.

Es mediante la no-conformidad, sin embargo, como el individuo desarrolla su personalidad y la sociedad deja de ser una mera masa de tradiciones inertes. Puede así distinguirse y devenir ambicioso. Puede fracasar, puede fingir, puede perpetrar cosas imperdonables y sentir remordimientos de conciencia. En cualquier caso, como fruto de esta colisión con el orden social existente —y según su alcance— el individuo adquiere plenamente conciencia de sí. El efecto último de esto es la creación de esa inevitable reserva personal constitutiva de su vida privada. Esta reserva —que, por cierto, el niño no posee— asume con el tiempo y bajo ciertas circunstancias el carácter de algo sagrado y temible. El individuo se concibe como algo completa o casi completamente inaccesible a otras mentes. La sociedad se compone de tales personalidades autoconscientes, y estos egos inquietantes, subjetivos e inescrutables son aparentemente tanto el producto de la asociación personal como el de las tradiciones, costumbres y formas objetivas de la vida social contra las que, en sus inaccesibles intimidades, se disponen como un efecto de contraste.

Así pues, hábito y costumbre, personalidad y cultura, persona y sociedad, son de algún modo diferentes aspectos de la misma cosa. La personalidad ha

²¹ Las dificultades del antropólogo en el estudio de los pueblos primitivos no radica meramente en las dificultades usuales del lenguaje. Un problema especial se debe al hecho de que el hombre primitivo carece de sofisticación y articulación, no posee términos para el sentido sutil de las cosas —cosas que son dadas por sentido hasta el punto de no hablar de ellas salvo, quizás, en un lenguaje expresivo y simbólico. Vid. el *paper* de B. Malinowski, en *The Meaning of Meaning*, de C.K. Ogden & I.A. Richards.

sido definida como un aspecto subjetivo e individual de la cultura, y la cultura como un aspecto objetivo, general o genérico de la personalidad.

Pero la relación entre la vida cultural de la comunidad y la vida personal de los individuos que la componen es más real y dinámica de lo que esta enunciación sugiere. Los registros orales y documentales íntimos sobre los que se basan las historias de vida sirven para establecer de modo conciso la interacción entre esta vida privada, de la que el individuo es intensamente consciente de forma habitual, y los aspectos más objetivos de su personalidad; en concreto, los usos y costumbres de su grupo social o de su sociedad, de los que es normalmente inconsciente —al menos hasta que entra en conflicto con ellos.

Probablemente este conflicto tiene tanto sus aspectos internos y subjetivos como sus aspectos externos y objetivos. En otros términos, el individuo deviene un problema para sí mismo y para la sociedad. De un lado, el conflicto asume en general el carácter de un combate moral. De otro lado, toma la forma de un conflicto cultural y eventualmente de un conflicto político. La lucha entablada para hacer cumplir la Ley Seca es un ejemplo pertinente. La migración, al unir a gentes con diferentes patrimonios culturales, provoca inevitablemente conflictos culturales, primero entre los nativos y los contingentes foráneos, y después entre las dos generaciones inmigrantes, en particular desde que la segunda generación adopta la cultura nativa más rápidamente que la primera.

Historias de vida como las biografías de inmigrantes, muchas de las cuales han sido publicadas en años recientes, ilustran esta lucha y hacen inteligible el carácter del proceso cultural implicado.

No obstante, tal como son concebidas por los sociólogos, las historias de vida no son autobiografías en el sentido ordinario del término. Tienen más bien el carácter de confesiones, documentos personales íntimos cuya intención no es tanto registrar acontecimientos externos como desvelar sentimientos y actitudes. Entre las actitudes que desvelan las historias de vida las más importantes para la sociología son aquellas que resultan o fueron totalmente inconscientes para el individuo hasta que reclamaron su atención. [...] Son las cosas que la gente da por sentado lo que revela a la vez a los individuos y a la sociedad donde viven. La conducta *naif* del individuo es por otra parte un indicador inagotable de la sociedad de la que es miembro.

Sólo recientemente la sociología ha emprendido el estudio de la sociedad —la familia, la comunidad local, el mundo de los pandilleros, los partidos políticos, el público, la opinión pública— en las experiencias y vidas privadas de los individuos integrantes. Thomas y Znaniecki fueron los primeros en plantearlo de forma admirable. [...] Publicaron la autobiografía completa de un aventurero polaco anónimo, y sobre este y similares materiales fueron capaces de elaborar un análisis de la cultura contemporánea del campesinado polaco en Europa y de las consecuencias para el polaco inmigrante de la descomposición de su cultura bajo la influencia del entorno urbano en este país²².

²² En la introducción al volumen III de *The Polish Peasant*, que contiene lo que los autores

Un poco más tarde Maurice T. Price publicó un volumen titulado *Christian Missions and Oriental Civilizations* basado ampliamente en los documentos personales elaborados por los misioneros sobre su propio trabajo en Oriente²³. Posteriormente Charles S. Johnson contribuyó al *Survey of Race Relation in Chicago*, dirigido por una comisión estatal, un estudio de las actitudes del público americano hacia el Negro²⁴. Como otros estudios mencionados, éste se basaba abundantemente en la recolección e interpretación de documentos personales.

Si es cierto que debemos explorar las experiencias personales de los individuos para encontrar los orígenes y significado de nuestras formas culturales, igualmente es cierto que las acciones de los individuos pueden ser comprendidas y explicadas sólo cuando las consideramos en el contexto social y cultural en que se despliegan. La sociología siempre ha estado dispuesta a enfatizar el «entorno» como un factor determinante de la conducta humana y muchas, si no la mayoría, de las reformas llevadas a cabo en los últimos años —las mejoras en vivienda, el diseño de zonas de juego, el desarrollo general de las condiciones físicas de nuestras ciudades— han tenido el soporte de algún tipo de teoría ambiental de la causación social. [...]

describen como «el registro personal de un inmigrante», Thomas y Znaniecki, realizan una interesante exposición respecto a la naturaleza y valor de los documentos de este tipo. Entre otras cosas dicen:

«Afirmamos con confianza que los registros de vida personales, tan completos como sean posible, constituyen el tipo perfecto de material sociológico, y que si la ciencia social ha de usar otros materiales es sólo por las dificultades prácticas de obtener de inmediato un número suficiente de registros que cubran la totalidad de los problemas sociológicos, y del enorme trabajo que requiere un adecuado análisis de todos los materiales personales precisos para caracterizar la vida de un grupo social.

«En efecto es evidente que incluso para la caracterización de datos sociales simples —actitudes y valores— los registros de vida personal nos proporcionan la aproximación más exacta. Una actitud manifestada en un acto aislado siempre está sujeta a malinterpretarse, pero este peligro disminuye en la justa medida de nuestra habilidad para conectar este acto con actos pasados del mismo individuo. Una institución social sólo puede ser plenamente comprendida si no nos limitamos al estudio abstracto de su organización formal, sino analizando el modo como aparece en la experiencia personal de varios miembros del grupo y seguir la influencia que tiene sobre sus vidas. Y la superioridad de los registros de vida sobre cualquier otro tipo de material para los propósitos del análisis sociológico se muestra con particular fortaleza cuando pasamos de la caracterización del dato simple a la determinación de los hechos, no hay modo más seguro y eficiente de encontrar las causas reales de un suceso, entre los innumerables antecedentes, que analizando el pasado de los individuos a través de cuya acción tuvo lugar el acontecimiento. El desarrollo de la investigación sociológica durante los últimos quince o veinte años, particularmente el creciente énfasis que bajo la presión de las necesidades prácticas se pone sobre los actuales problemas empíricos y especiales en oposición a las especulaciones generales del periodo precedente, conduce a una conciencia mayor de recolección de más y más completos documentos sociológicos que los que tenemos.»

²³ Price, Maurice T. *Christian Missions and Oriental Civilizations. A Study in Culture Contacts*. Shanghai, China, 1924.

²⁴ *The Negro in Chicago: A Study of Race Relations and Race Riot*. By the Chicago Commission on Race Relations. Chicago, 1922.

En el encuentro de la *American Sociological Society* [ASS] celebrado en diciembre de 1926, Clifford R. Shaw, del *Institute for Juvenile Research*, hizo un informe sobre los estudios de delincuencia juvenil en el que hacía uso de los que hemos llamado historias de vida²⁵. Estas investigaciones detalladas, basadas en entrevistas con muchachos delincuentes, con miembros de las familias y vecinos, ponían de manifiesto, casi por vez primera, el tipo de mundo en que viven los delincuentes juveniles.

Thrasher, en su estudio sobre el *gang*, basado también en entrevistas personales y documentos íntimos, nos ha proporcionado un cuadro vivo de lo que llama el «gangland».²⁶ [...]

Un informe hecho a propósito del encuentro de la ASS en 1926 por Ernest W. Burgess²⁷ mostraba, entre otras cosas, que la mayor tasa de delincuencia, 443%, se alcanzaba en la zona del *slum* y declinaba hasta el 54% en el área de pensiones; y desde ése punto continuaba bajando en una curva regular hasta que a 6 ó 7 millas del *loop*, donde hay mucha vivienda en propiedad y la comunidad es relativamente homogénea y estable, la tasa era cero. Estas cifras, relativas a la incidencia de la delincuencia juvenil en las diversas y diferentes áreas culturales de la ciudad, se hacen más asequibles y reveladoras cuando se consideran a la luz de los intensivos e íntimos estudios de casos individuales efectuados por Shaw. De este modo, las historias de vida y los estudios estadísticos se complementan entre sí.

Las historias de vida [...] a menudo ilustran ciertos aspectos de la vida social y moral cuyo conocimiento puede ser hasta entonces indirecto para nosotros, a través de estadísticas o declaraciones formales. [...] La dificultad radica en que las historias personales son voluminosas y por economía debemos eventualmente reducirlas más o menos a tipos formales. [...]

²⁵ *Proceedings of the American Sociological Society*, vol. XXI, pp. 149-57.

²⁶ Thrasher, Frederic M. *The Gang*. Chicago, 1927.

²⁷ Burgess, Ernest W. «The Determination of Gradients in the Growth of the City», *Proceedings of the American Sociological Society*, vol. XXI, pp. 178-84.